MASTER
NEGATIVE
93-81642-22

AUTHOR:

DEUBNER, LUDWIG

TITLE:

DE INCUBATIONE CAPITULA DUO...

PLACE:

GISSAE

DATE:

1899

Master Negative #

93-81642-22

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

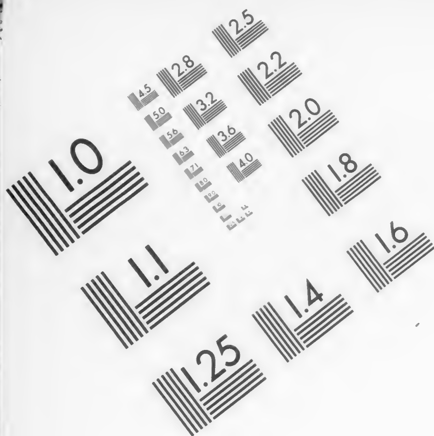
Deubner, Ludwig, 1877-1946
De incubatione capitula duo, dissertatio inauguralis quam... scripsit Ludovicus Deubner...
Gissae, 1899.
48 p. 22½ cm.

Thesis, Giessen.

Restrictions on Use:

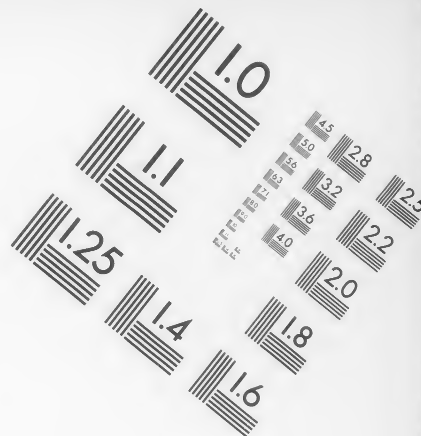
TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35
REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8.6.93
INITIALS SS
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

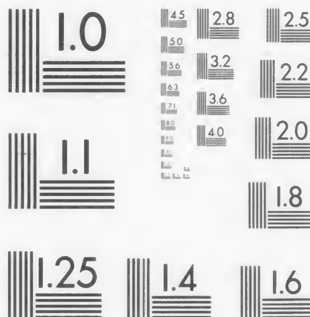



AIIM

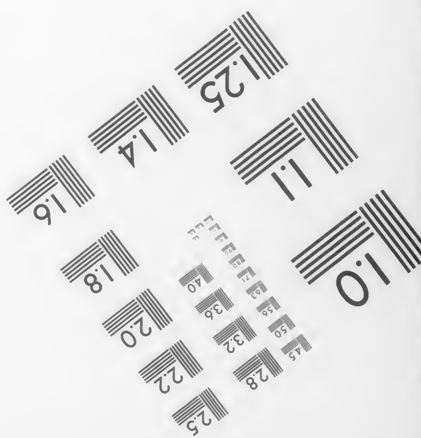
Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202











Cecilia Hz. de Mendoza

Miguel Antonio Caro

Diversos aspectos de un humanista colombiano

Prensas de la Biblioteca Nacional—Bogotá—MCMXLIII

MIGUEL ANTONIO CARO

DIVERSOS ASPECTOS DE UN HUMANISTA COLOMBIANO

Tesis de grado para obtener el título de doctora en Filosofía y Letras del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, presentada por Cecilia Hernández Mariño (hoy Cecilia Hz. de Mendoza).

Prensas de la Biblioteca Nacional
BOGOTA
1943

PROEMIO

Aceptado benévolamente como tesis de grado por mis examinadores y por el M. I. Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, este trabajo, hasta hoy inédito, se da a la publicidad como contribución al homenaje que la República rinde a la memoria del señor Caro en el centenario de su nacimiento.

Me es en gran manera satisfactorio que la Biblioteca Nacional y su Director, doctor Enrique Uribe White, prestante figura de las letras y de la ciencia, para asociarse a la celebración de tan señalado suceso, hayan acogido el presente estudio.

Cecilia Hz. de Mendoza

Bogotá, noviembre, 1943.

COPIA DEL ACTA DE GRADO DE LA SEÑORITA CECILIA HERNANDEZ MARIÑO

"El sábado 13 de abril de 1940, a las cinco y media de la tarde, se reunió en el Aula Máxima de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el Jurado ante el cual presentó examen final de grado en Filosofía y Letras la señorita doña Cecilia Hernández Mariño.

Presidió el acto el Ilmo. y Rvdmo. Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio, y asistieron como examinadores los señores doctor don Antonio Gómez Restrepo, designado presidente de tesis; doctor don José María Restrepo Millán, don Gerardo Massur y el suscrito Secretario.

Rezadas las oraciones reglamentarias y leída el acta de grado anterior, el M. I. señor Rector concedió la palabra a la señorita Hernández, quien leyó un capítulo de su erudita tesis, titulada "Miguel Antonio Caro. Diversos aspectos de un humanista colombiano", trabajo que mereció un alto concepto por parte del señor presidente de tesis.

En seguida los examinadores la interrogaron por turno sobre puntos relacionados con la personalidad y la obra literaria del señor Caro. Este examen, bajo todo concepto, fue plenamente satisfactorio.

El M. I. señor Rector tomó solemnemente a la señorita Hernández el juramento constitucional, le dirigió algunas frases elocuentes de congratulación, haciendo resaltar la circunstancia de ser ella la primera dama colombiana a quien se ha discernido el título de doctora en Filosofía y Letras, y puso en sus manos el respectivo diploma de la Facultad del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. A las siete y media p. m. se levantó la sesión.

(Fdos.) El Rector, *José Vicente Castro Silva*—El Secretario, *Víctor E. Caro*".

Es fiel copia tomada del original. Se expide en Bogotá, a 22 de abril de 1940.

El Secretario, *Víctor E. Caro*

INFORME DEL PRESIDENTE DE TESIS

Ilustrísimo y Reverendísimo señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Tengo el honor de rendir informe, como presidente de tesis, acerca del mérito de la que ha presentado la señorita doña Cecilia Hernández Mariño, para obtener el grado de doctora de la Facultad de Filosofía y Letras del Instituto que está puesto bajo la egregia dirección de V. S.

Llama, en primer término la atención, que la graduanda, joven perteneciente a la alta sociedad y formada en un ambiente moderno, no haya querido buscar para su tesis un tema de actualidad de procedencia extranjera, adecuado para atraer la atención del público y de fácil ejecución por parte de la autora; y que haya preferido tratar de un autor colombiano que vivió y actuó en época bastante apartada de la actual y que nos parece tanto más lejana cuanto mayores son los cambios y mutaciones operados en los últimos decenios.

El título de la tesis es el siguiente: "Miguel Antonio Caro. Diversos aspectos de un humanista colombiano". El tema es vasto y hubiera podido arredrar a quien no tuviera bríos suficientes para acometer tan ardua empresa. Porque no fue el señor Caro uno de esos autores que condensan toda su actividad en un libro único. Fue un verdadero polígrafo; y para estudiarlo por todos sus aspectos se requiere una gran versación en muy diversas disciplinas intelectuales.

La señorita Hernández Mariño hubiera podido salir de la dificultad ateniéndose a lo que acerca del señor Caro han escrito muchos e ilustres literatos o diluyendo el tema en rasgos generales, que a nada comprometen, pero que tampoco agregan nada al conocimiento de un autor. Pero no siguió ella ninguno de estos fáciles caminos: resolvió acometer de frente la empresa, estudiar a Caro en sus obras, para recibir una impresión directa del talento del autor y expresar su opinión con absoluta inde-

pendencia, como si nadie se hubiese ocupado antes que ella en el estudio de aquel eminente compatriota.

La señorita Hernández Mariño ha estudiado a Caro como hubiera podido hacerlo con un clásico de la edad de oro, es decir, sin prevenciones de ninguna clase, para presentárnoslo tal como fue, o según la imagen que ella se ha formado del autor en los múltiples aspectos de su poderosa personalidad.

La lectura de la tesis revela no solamente un estudio atento de la voluminosa colección de las obras de Caro, sino un conocimiento directo de las literaturas clásicas, así como también de obras representativas de la cultura moderna. Insiste, como es natural en los aspectos literarios de la producción de Caro, y sin desconocer la importancia de su labor como jurista, como orador, como maestro en derecho constitucional, dedica los capítulos más interesantes de su tesis a considerar a Caro como poeta, como crítico y como humanista. Es interesante el análisis que hace de la significación estética de la poesía de Caro, así como también sus consideraciones sobre humanismo, que ella estima como el resumen y la flor de la cultura intelectual de una raza.

En una palabra, la tesis de la señorita doña Cecilia Hernández Mariño está tan bien pensada como bien escrita y revela un esfuerzo personal digno del mayor encomio, por lo cual la considero como muy adecuada para que la autora la presente en esta solemne ocasión y obtenga el título doctoral que ha sido noble ambición de su vida.

Soy del señor Rector obediente y seguro servidor,

Antonio Gómez Restrepo

Bogotá, abril 4 de 1940.

A MIS PADRES

A CARLOS

INTRODUCCION

Penetrar el pensamiento de un espíritu templado, noble y varonil; acercarnos a un ingenio grande y a una pasmosa erudición; escuchar sus voces para seguir sus enseñanzas en la marcha del tiempo; procurar con oído atento rememorar aquella elegante dicción que alcanzara tántas victorias. Hé ahí ponderosa tarea para unas débiles manos cuyo solo mérito está en buscar ansiosamente datos para la mejor comprensión de esa preciosa vida.

Grande labor, superior a nuestras fuerzas, impulsadas tan sólo a fijar nuestro razonamiento dentro de la crítica honrada de los hechos y circunstancias de la época. Sumidos en agobiadora timidez, los ojos muy abiertos, nuestros pasos vacilan temerosos de errar en la difícil senda.

Otros son los tiempos, aun cuando ayer no más adivinaran los colombianos su figura procera. Asistimos a la transformación de los tiempos que nos aleja de aquellas oscuras épocas de odiosos conflictos sociales y políticos. Una mayor tolerancia y una mejor comprensión colectiva confluye ahora a la cultura patria.

Al señor Caro tocáronle en suerte momentos de lucha, de antagonismos políticos y religiosos con que los pueblos buscaban el equilibrio de sus instituciones.

Con firme valor, sin desfallecimientos, entró el señor Caro a la contienda por sus ideales.

Dióse cuenta de su prestancia como maestro, y acaso por haber desempeñado tan alta misión, luchó en todo campo con la conciencia de su responsabilidad.

Maestro de maestros fue el señor Caro; y, con clamoroso fervor, así lo proclamamos.

Llenos de ese sentimiento nos acercamos a la mesa de estudio del maestro y con íntima elación evocamos su numen para que nos dirija.

Un respeto profundo, una sincera admiración ha de prestarnos aliento en este laborioso camino.

¡Miguel Antonio Caro! Vuestra inspiración dirija y encauce nuestra mente.

TEMAS PREFERIDOS

¿Cuáles temas de estudio fueron los preferidos? Rodeados por sus obras, en la soledad de un oculto rincón leemos: Virgilio, José Eusebio Caro, Andrés Bello, Julio Arboleda, El Quijote, Juan María Gutiérrez, Menéndez Pelayo, Juan de Castellanos, José Manuel Groot, Diego Fallon. Estos nombres corresponden a una ideología.

Virgilio el mantuano trae a su mente el alto espíritu latino, la unión del imperio pagano y el imperio cristiano, el punto de contacto entre dos civilizaciones. El señor Caro aprendió latín al propio tiempo que la lengua materna, y su personalidad de porte clásico llevó en sí muy arraigada la idea de imperio. Imperio latino, imperio católico, imperio español. Y Eneas, con la vista en el futuro, personifica para él la fuente histórica que arrancando de la divinidad conduce al hombre hacia un futuro mejor. Eneas es para el señor Caro la personificación del mañana providencial de la humanidad. Virgilio y el Lacio, el poeta y la lengua, el imperio y la raza. Así concebía al épico latino. Y no por ello alejó de sí la visión del hombre mismo. Escuchémosle:

''Concibe más correcta y más espiritualmente la grandeza humana el que fundándose en virtudes intrínsecas la busca, sin embargo, en el hombre mismo, tal cual es cuando es bueno, valeroso pero no omnipotente, severo pero no inaccesible a la ternura, de modo que sin derribar gigantes ni matar hidras, combata como leal y sin rendirse a la seducción de los sentidos, ame y llore'' (estudio sobre Virgilio).

Viene en nuestra ayuda el ''Himno del latino'' para hacernos comprender el amor de Caro a Roma y a su raza:

¡Ampare la diestra divina
de pueblos hermanos la unión!
Mi gente es la raza latina;
¡su nombre mi rico blasón!
Mi estirpe no es árida rama,
es árbol de copa gentil;
¡fecundas semillas de rama

florezca mil años y mil!
Mi patria no es breve comarca
objeto de culto y amor,
mi patria dos mundos abarca
y siglos de inmenso esplendor.
Es Roma mi madre adorada;
¡la historia cual regio ataúd,
encierra su cetro y su espada,
mas viven su gloria y virtud!
Doquiera yo escucho su idioma.
Cantiga o fugaz yariví
que acentos repita de Roma,
mi patria, mi hogar está allí.
¡Oh gayos fablares latinos!
¡Oh trovas de són celestial!
¡Oh cómo sus altos destinos
revelan el alma inmortal!
Los oigo y mi rostro se inflama
de fuego, de orgullo y placer;
¡y ya por mi Dios y mi dama
me lanzo a lidiar y a vencer!
Vosotras, ciudades romanas,
renuevos del alma ciudad.
¡Oh Galia! ¡Oh Hesperias hermanas!
La santa cadena estrechad.
Y alcance a las cumbres andinas
el lazo fraterno también,
pues brotan ciudades latinas
en este vivífico edén.
¡Honor a la raza sublime
que lleva a otros mundos la luz,
y pueblos sin cuento redime
doquiera plantando la cruz!
Fatigan la voz del poeta
tus glorias, ¡oh raza sin par!
¡Despierte en su seno un profeta
tu excelsa misión a cantar!
¡Ampare la diestra divina
de pueblos hermanos la unión!
¡Mi gente es la raza latina;
su nombre, mi rico blasón!

Revelación del alma inmortal; hogar y amor doquiera que resuene la lengua latina; la patria que comprende siglos, dos civilizaciones y dos continentes. Ahora, con plena certeza, podemos afirmar que el imperio latino y el imperio cristiano: lengua y religión son los dos ejes, los dos centros convergentes de su personalidad. Y Virgilio es su poeta y Eneas es su símbolo.

Amaba el Quijote. Aplicando su análisis crítico encuentra esta obra única en su género, plasmada en él la humanidad de España y de Cervantes. Amaba el Quijote por ser español; su raza latina había pasado por España antes de asentarse en las cumbres andinas. Conocía la literatura castellana y llegó a estructurarla en perfectísima forma. Roma y el latín, España y el castellano: no concibe la patria sin la lengua, y más aún: el más hondo concepto de patria, la última expresión de este sentimiento, es el idioma. "La patria es la lengua", dice.

Hay una verdadera satisfacción cuando cree ver en esta sabana muisca reflejos de escenas cervantinas: "¿Quién en nuestros polvorosos caminos, cuadrillas sabaneras y ventas alborotadas no ha tenido ocasión de recordar los cuadros agradables, cosas de gusto y pasatiempo y sucesos quijotescos de felice recordación? Refundidas las cosas del Quijote en la corriente vulgar de la lengua castellana, van dondequiera que se habla español y son herencia común de la familia ibérica".

De nuevo la idea del imperio, del imperio hispano. Don Miguel Antonio Caro, latino y español, en la comprensión más amplia de estos dos vocablos, amó esas patrias culturalmente suyas a través de la lengua. Virgilio y el Quijote, latín y castellano, gran familia católica. Imperio de la lengua: hé ahí la síntesis de sus estudios. Fue defensor fervoroso de la conquista española; su mirada penetrante contempla en América las glorias de la raza hispana.

¿De dónde su ideología imperial? ¿De dónde su concepción heroica de la tradición?

Nacen de un espíritu humanista: en el sentido de buscar a través del pasado, del presente y del medio geográfico una unión completa; una compenetración profunda en el pensamiento y en la acción. En interesarse por el hombre y sus problemas, en inquirir a través de la historia sus posibilidades y experiencias y en desentrañar de ellas lo humano, es decir, la característica general que cual un hilo sutil une al hombre en la vida y en la eternidad. Nacen también de un espíritu sintético que

quiere alcanzar los valores iniciales, la última unidad vital, pudiéramos decir. El humanista gusta en veces de buscarse a sí mismo en los rasgos generales de la gran familia humana y hace de aquellos a quienes se asemeja objeto de su culto. Veamos cómo sin advertirlo siquiera, al hablar de Virgilio se describe a sí mismo:

"El hombre que lleva su singular modestia a esconderse cuando se le rindiera homenaje; su generosidad hasta no distinguir el suyo y el mío entre sus amigos; su espiritualidad hasta consagrar su vida a la poesía como a un sacerdocio severo, y su dignidad, en fin, hasta no aceptar nada de bienes que fueran denigrados de mano de su protector Octavio, como lo testifica Donato".

Menéndez Pelayo, español muy cercano a su mentalidad, fue también objeto de un estudio especial. En éste aprovecha la oportunidad para manifestar su admiración por Horacio. De nuevo un romano y un español. Un párrafo suyo sobre Menéndez Pelayo es síntesis de su propio yo: "Como algunos varones inmortales del Renacimiento, él ha sabido en sus tempranos años avanzar larga escala de conocimientos, y con igual ardor y fortuna trilla las sendas espinosas de la bibliografía, se introduce en las laberínticas sendas de la historia, visita los huertos de la poesía y penetra en los santuarios de la filosofía y sagrada teología". Y más adelante: "Y en estos gallardos juegos se ve de cuando en cuando el brazo batallador. El polemista al pulsar la lira no se desciñe la espada y en ocasiones la esgrime". Animo combativo y vasta armadura intelectual: hé ahí una segunda clave para el estudio de Miguel Antonio Caro.

Veamos más nombres: Juan María Gutiérrez, Andrés Bello, José Manuel Groot, José Eusebio Caro, Juan de Castellanos. Juan María Gutiérrez, como símbolo de un humanista americano; Andrés Bello, de un humanista tropical; Juan de Castellanos, el primer épico cronológicamente de las glorias de España en América; José Eusebio Caro, el más brillante y profundo poeta de la Gran Colombia; José Manuel Groot, meritísimo historiador de la Nueva Granada.

De Roma a España, de España a América, se pasea el señor Caro en su investigación. Juan María Gutiérrez, el humanista que pudiéramos llamar americano, hace saltar a la pluma de Caro los mejores elogios. Humanista y filólogo como él, como él interesado en el progreso de la lengua y de la patria, Juan María

Gutiérrez, más que Caro, tuvo el sentimiento que pudiéramos llamar américo-indígena. "Nuestros poetas sienten, decía Gutiérrez, la historia de la patria y de América con corazones apasionados americanamente". No lo reconocía así el señor Caro, quien admiraba más a los poetas de raigambre colonial como Bello u Olmedo. Reconoce en Gutiérrez un foco espiritual que difundió los estudios críticos y se interesó en las lenguas indígenas.

Y Bello, el maestro de América, dio motivo a nuestro crítico para uno de sus más importantes estudios. Aparece en él la parte americana de su entendimiento imperial en el amor por la raza latina en América y por el cantor de la naturaleza del trópico. "Era Bello el único digno de realizar, pero sólo incompletamente quedó por él realizado en la silva de la zona tórrida este anuncio que antes había estampado en su elocución:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún varón americano ¡oh Diosa!
También las mieses, los rebaños cante,
el suelo rico al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona.

La patria es la religión, la patria es la lengua. Empero, la patria es algo más comprensivo: el sentimiento de la gran familia encarnada en Bolívar, los amigos y los padres, según las palabras del propio Libertador. Primero el suelo nativo que nada. El ha formado con sus elementos nuestro sér; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos dieron alma por la educación". También así sentía la patria el señor Caro, pero su ideal, ese ideal luminoso, fluía de la raza latina. Por comunidad de lengua, religión y raza amó a América. Son estas las actitudes espirituales básicas para servir desinteresadamente a la política de Colombia. Parécenos ver a Caro en el solio presidencial dedicado al estudio del derecho positivo, dominando su temperamento de estudioso para ocuparse en ajetreos diarios de una vida de político; recordaba entonces con interés a sus conciudadanos ilustres José Manuel Groot y Julio Arboleda.

¿Y José Eusebio Caro? Vamos reduciendo la mirada imperial para alcanzar el núcleo familiar. Quien haya leído una vez

los versos de José Eusebio Caro ya no puede olvidarlos; una de las más hondas impresiones dejan en el alma una impresión que ya no ha de borrarse. ¿Cuál no sería, pues, la emoción del señor Caro al estudiar la obra y la labor de su padre?

Su estudio es de una admirable imparcialidad; y sin embargo, un cariño ilimitado y un profundo respeto se advierte; el crítico y el poeta miden sus fuerzas uno frente al otro; el padre y el hijo se abrazan en la mayor comprensión; dos colombianos, seguros de su obra, se estrechan las manos y dejan sus pensamientos a la posteridad.

América ligada en espíritu a esa raza que le antecedió: Colombia unida a América y a sus más gratos recuerdos. Así concebía el señor Caro las naciones, y su criterio iba de espíritu a espíritu, doquiera buscando un hermano en el talento y en la investigación.

CARO. LA LEY DE SU VIDA

Poco se ha pensado en la significación total de la bendición de José Eusebio Caro a su primogénito antes de nacer. Muy poco se ha observado el sentido que ella tiene. Se ha hablado de los dos Caros, de la mejor obra del poeta de Delina perpetuada en su hijo, pero se habla de aquellos hermosísimos versos como si se tratara de alguien ajeno al propio señor Caro. Pensó acaso José Eusebio quién sería su hijo y cuál su significación en América cuando, dando salida al sentimiento y a su sentido filosófico, dijo:

Y tú, pequeño sér desconocido,
tú, dulce primogénito querido,
tú, dulce prenda de mi dulce amor,
¡oh! cualquiera que aquí fuere tu suerte;
que hayas de padecer hasta la muerte
o que te aguarde el porvenir mejor.

Que hayas de ser de tu nación la gloria
o que muera contigo tu memoria
cual muere en el destierro el aquilón;
de tu madre en el vientre desde ahora
en el nombre de Dios que mi alma adora
recíbe mi paterna bendición.

La vida de Caro parece simbolizada en esta poesía de su padre. Entonces José Eusebio Caro, en su matrimonio feliz, esperaba la llegada de su primogénito.

Había regresado en el año de 1842 cuando la última campaña política diera el triunfo al gobierno de Herrán. La violencia de las luchas partidistas contrastaba con la anhelada paz hogareña. José Eusebio Caro escribió entonces impulsado por un intenso sentimiento. Y como para detener el hado fatal creó aquellos famosos versos que "no olvidaréis jamás y los repetiréis involutariamente como una oración", según la frase del señor

Caro a uno de sus críticos. Guardó la pluma con que fueron escritos para legársela a su hijo "para que conozca la pluma con que su padre escribió los versos en que le bendecía".

Es esta poesía un mandato que enrumbó la vida de Miguel Antonio Caro. Poesía que interroga el futuro y que quiere penetrar los arcanos destinos; poesía profundamente viril, recogida por el señor Caro, con toda la grandeza, estímulo, guía y meta de su superación intelectual. Miguel Antonio Caro halló el valor propio de su personalidad desde antes de nacer.

Este augurio poético dio lugar a polémicas literarias, como si el proceso espiritual fuera anterior al biológico. Vémosle leyendo emocionado por la vez primera los versos de su padre; la voz del padre cayó en surco abonado. La pluma tenía atributos aprovechados por su sucesor para defender la misma causa.

Los casos de prolongación de la actividad paterna son muy pocos; la ley de la herencia aún está envuelta en el misterio. Sorprende en este caso la unidad de cultura dignamente repartida entre el padre y el hijo.

Hay además otras circunstancias que nos explica la capacidad del insigne polígrafo: la madre, el abuelo materno. A doña Blasina Tovar la describe en un admirable episodio José Eusebio Caro: "Yo me he acercado a las más celebradas mujeres de Bogotá; he visto las más hermosas, he tratado a las más inteligentes. Algunas habrán podido divertirme, ninguna había logrado sorprenderme. En ella, sólo en ella, he podido admirar aquella exquisita finura de observación que sabe caracterizar con una mera palabra el objeto a que se aplica: aquel tacto de las situaciones tan raro como precioso, por el cual adivina más bien que descubre el mejor procedimiento en cada caso dado; aquel entendimiento despejado y sin nubes, que sin envanecerse y sin humillarse pone cada consejo, cada recomendación, cada elogio en el lugar que le corresponde; aquella sagacidad penetrante que de una sola ojeada y deduciendo de un solo dato el carácter entero de su persona, en una acción toma principio para desenvolver una conducta... Su maravillosa hermosura es la menos notable de sus cualidades, la menor de sus perfecciones". *(Estudio sobre José Eusebio Caro,* por Miguel Antonio Caro).

Esa era Delina, la musa del poeta. Tenía, como lo dice el párrafo anterior, el dón de conocer, afrontar y resolver las más difíciles situaciones con exquisito tacto. Conocía a los hombres y de ese conocimiento provenía su dominio social.

Su sagacidad era proverbial. Cuando habitaba el Palacio de la Carrera con su yerno, entonces Presidente, don Carlos Holguín, enterada como estuvo siempre de los acontecimientos políticos, cuando alguno entraba decía al Secretario General, doctor Antonio Gómez Restrepo: ha entrado Fulano; viene a tratar del problema, o a pedir tal gracia. Inútil es decir que doña Blasina acertaba siempre.

Ella supo del tacto, de la palabra o del ejemplo para dirigir y educar a sus hijos, Miguel Antonio, José Eusebio y Margarita, dentro de los severos principios morales.

Levantó la familia en la escuela del trabajo y contribuyó con su esfuerzo al sostén de sus hijos, para no distraerlos de sus disciplinas escolares.

La bella página inspirada sobre el hogar culto de Rufino J. Cuervo, parece inspirada en la casa solariega de la familia Caro y Tovar, allá a mediados del siglo pasado:

"El hogar de las familias cultas puede decirse que es un santuario del idioma; el que ahí se habla es el que caracteriza la nacionalidad intelectual atesorando los recuerdos y los afectos, enlazando las generaciones e *igualando en un elemento común al sabio con el que no lo es;* ahí la mujer con su espíritu conservador templa el neologismo callejero, y con aquella delicadeza y elegancia que le son propias pone vallas a las extravagancias de la pedantería como a las rusticidades de la vulgaridad, y aun suaviza en cierto modo las asperezas o los esplendores de la facundia varonil".

Ahí está la mina de la cual, mediante sobria elección y artístico esmero, se formó el gran prosador y poeta Miguel Antonio Caro.

El abuelo dio un claro diseño a la personalidad del señor Caro. Don Miguel Tovar vivió con doña Blasina Tovar y sus hijos después del exilio de don José Eusebio, ocurrido el 9 de junio de 1850.

A la muerte de éste, el niño Miguel Antonio no reconoció otra autoridad paterna que la de su abuelo, grave y bondadoso anciano de "sabrosísimo ingenio".

Había ocupado altos cargos, como los de Procurador General de la Nación y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia; y ya en su gloriosa ancianidad, alejado del trabajo, cultivaba con esmero la jurisprudencia, el latín y la historia.

Ese fue el primero y casi único preceptor de don Miguel Antonio; con él aprendió a pensar el latín, a razonar con lógica. Esas primeras enseñanzas despertaron en el adolescente su vocación por los clásicos y su predilección por el derecho. Desde sus diez años hasta los diez y seis, cuando murió el doctor Tovar, vivió en su intimidad.

La biblioteca de don Miguel hacía parte de su mundo interior. Cuando los amigos llegaban a la tertulia se ocultaba en algún rincón el niño Caro para escuchar las disertaciones de la consulta y de la resolución.

Más tarde él mismo, también como el abuelo, revertía la historia en su cuarto de estudio, dialogando sobre los mismos temas que le eran familiares desde su lejana infancia.

En aquella casa aprendió el culto al hogar, el culto al estudio. Allí supo que la felicidad no se encuentra en la ostentación ni en el bullicio, sino en la serena tranquilidad del que honradamente desarrolla una vocación, en la paz de la conciencia. Honda fue la huella de don Miguel Tovar en su vida; siempre repetía sus rasgos de ingenio, sus gracejos; las enseñanzas que había recibido. Don Miguel Antonio, a través de su vida, tenía la necesidad imperiosa de referirse a su abuelo. Un vínculo nunca roto lo unió siempre a aquel anciano venerable que había dado a su vida un rumbo definitivo.

El padre, la madre, el abuelo. Confundidos en la nebulosa de los primeros recuerdos y hasta donde su memoria alcanzaba, andaban los rasgos personales de José Eusebio Caro.

Eran recuerdos llenos de respeto, de admiración, con una mezcla de amargura por su partida y su temprana muerte. Los recuerdos de don Miguel eran los de un amigo al cual se acercaba cada vez más para dialogar a medida que avanzaban los años. Unido al recuerdo de uno y otro estaba la figura de su madre, la cual por fortuna le acompañó más tiempo y alcanzó a ser testigo de sus triunfos. Esa influencia trilateral nos explica la formación mental de Caro. Entre los hombres cultos, como entre los artistas, podemos distinguir dos categorías: la de aquellos que se forman en un ambiente propicio a su vocación y la de los que tienen que crearla. Los primeros, a través de su vida y de su esfuerzo, llevan consigo un caudal que les pertenece como su propia sangre, obran y se expresan con naturalidad; el saber es para ellos algo común, sencillo; es un conocimiento asimilado y espontáneo; lo extraordinario para este estilo de hombres, lo incomprendido es la ignorancia. En cambio, los otros, aquellos para quienes el ambiente hogareño y familiar ha sido alejado de sus preocupaciones, aquellos que han empezado por formar un ambiente, esos consideran el saber propio como algo extraordinario; según su concepto, predomina en la humanidad la ignorancia; llevan un sello de orgullo, y aun cuando sean eximias sus capacidades, tienden a empequeñecer a los demás. El saber no ha fluído de la fuente viva de sus primeras enseñanzas sino ha sido conquistado por la fuerza. El saber para esos tales no es natural sino adquirido en lucha abierta contra la adversidad.

A los primeros pertenece el señor Caro; de ahí su sencillez, de ahí su grata conversación, mezclada de anécdotas simpáticas. El saber estaba en él, vivía en él, obraba en él en una forma simple y sencilla, no como advenedizo sino como manera temperamental.

La enorme ventaja de la educación privada cimentó en él las bases del futuro y excepcional autodidacta. Así lo reconocía él mismo. En su estudio de presentación a Angel María Céspedes, leemos: "A la par de la precocidad que demuestra, Céspedes es un ejemplo de la eficacia de la educación privada. Formado al lado de sus excelentes padres no ha pisado escuela pública; ellos sin duda habrán dicho, o por lo menos pensado, como el padre de don Leandro Moratín, cuando preguntándole algunos amigos que por qué no enviaba aquel niño, que tánto prometía, a estudiar a Alcalá, respondía: 'Yo estoy contento con el muchacho; no quiero enviarlo a ninguna parte a que me lo echen a perder'. Ciertamente la crianza intelectual doméstica de los niños no es accequible sino en raras y especiales condiciones; dichosas las familias que en ese caso se encuentran. En la casa paterna, con el auxilio de uno u otro maestro, al mismo tiempo que amigo y buen consejero, ha aprendido Céspedes algunas lenguas vivas y adquirido aquellos conocimientos generales que preparan a los jóvenes con honra y distinción en la sociedad culta a la que Céspedes, por su linaje, pertenece, a seguir cursos superiores o a emplear en tareas útiles sus facultades mentales ya cultivadas".

Al escribir el señor Caro puso en él el recuerdo de su maestro de infancia. Su abuelo le enseñó a pensar, a investigar por sí mismo, a buscar la respuesta a sus problemas. Pocos fueron en realidad los años de colegio del señor Caro. A los nueve años

fue internado en el colegio que regentaba en Yerbabuena don Juan Antonio Marroquín. Volvió luégo a la casa familiar y durante dos años fue su maestro don Thomas Jones Stevens, de la Universidad de Oxford. Vivía como miembro de familia en la casa de los Caros y "tenía para su exclusivo servicio un criado y un caballo". Muerto el profesor en 1855 pasó el señor Caro por el colegio de doña Sixta Pontón de Santander y luégo por el que dirigían el militar Antonio B. Cuervo y el clérigo venezolano Antonio José de Sucre.

En 1858 entró al colegio de los jesuítas, pero su educación vióse interrumpida por la expulsión de la comunidad.

Entre tanto el doctor Tovar no cesaba de enseñarle, y cuando no lo hacía personalmente hablaba con los maestros del niño para que orientasen sus conocimientos. Por ello, y a pesar de los cinco años que recibió instrucción en el colegio, su verdadera y fundamental "crianza intelectual" fue adquirida en la casa paterna.

Hemos usado aquí el mismo término del señor Caro "crianza intelectual", porque él no consideraba la instrucción como una rama de educación; la instrucción era la educación, era la crianza, el alimento natural del hombre. A los quince años este joven vigoroso y ágil pensaba en latín y ya había iniciado su traducción de *La Eneida*. Contábanse entre sus amigos predilectos Bernardo Herrera Restrepo y Rufino J. Cuervo.

Gustaba de la poesía y en su lírica se esbozaban sus capacidades trascendentes. De la época de colegio dejó un soneto curioso que es una profecía (en su mayor parte) en que habla del futuro de sus condiscípulos:

El filósofo Roche en todo raro
y célibe ha de ser; el dulce Herrera
de nuestra Iglesia espléndida lumbrera;
Sáiz, magistrado y escritor preclaro.

Morirá joven el infausto Caro.
Cura Osorio será su vida entera;
Calderón, campesino hasta que muera;
Balcázar, de sus hijos suave amparo;

tendrá mucho dinero y prole mucha
Ospina, de abogado; en celda fría
el pío Pardo calará capucha.

Tovar será bufón, y ¡oh suerte impía!
ninguno a someter gloriosa lucha
entrará en la ignaciana Compañía.

La vida, dice don Víctor E. Caro, "prolongó los años de Caro; de Tovar el bufón hizo un hombre serio; le quitó el curato a Osorio, y a Ospina le dejó la profesión y las onzas, pero le negó los hijos".

Clausurado el colegio de los jesuítas se inicia en forma definitiva el autodidacta. Ya había muerto el abuelo, su maestro y amigo. En lo sucesivo debía ser maestro de sí mismo. Estudiaba aquí y allí. Buscaba sus amistades entre letrados y estudiosos; su amor por la lectura era insaciable.

Lo antiguo y lo moderno, todo caía en las arcas del joven Caro; eran sus libros sus amigos sencillos, que andaban acá y allá por todos los cuartos de la casa, como hablándole todos de distintos temas; y esa costumbre la conservó hasta el final de sus días, según lo hace notar don Tomás Rueda Vargas.

Los veintitrés años llegaron en plena madurez intelectual: comenzaba a dictar filosofía en el Colegio del Rosario; iniciaba con Rufino J. Cuervo la *Gramática latina;* atraíale el periodismo de combate; sus primeras producciones aparecieron en *La Caridad, El Símbolo* y la *Voz de la Patria*. Con fe sincera y profunda de los primeros años defendía la religión católica. Desdeñaba el positivismo; el concepto de cultura encumbrado por la revolución francesa era considerado por él como una falsa ruta.

"Naufraga la fe en la ola de la razón que avanza"; uno tras otro desaparecen todos los viejos dogmas; se derrumban las catedrales góticas de la creencia medioeval; el Dios antiguo cae de su trono junto con los Borbones, y "este cielo que todos vemos ni es cielo, ni es azul".

A este clamor respondía el joven:

La fe religiosa, proclamada por las voces de cien mil campanarios que surgen por doquier en el suelo de la América libertada, se halla demasiado arraigada en las instituciones sociales y en el corazón humano para que pueda capitular sin librarse la batalla campal.

Miguel Antonio Caro dio esa batalla con la sinceridad del convencido. Desde sus mocedades fue un soldado, un luchador.

Y entre tanto escribió el famoso *Tratado de Participio,* que había de darle más tarde acceso a la Academia española. Tuvo desde entonces una sola línea de conducta: la honradez y la

virtud; y un solo ideal: la restauración religiosa; un solo orgullo: su raza y su nombre; una sola vocación: las letras humanas.

Desde los veintitrés años se apunta en Caro el austero romano, valeroso, íntegro, desinteresado; y por ello mismo ya aparece en él la mordacidad terrible de su crítica. Caro en sus ideas era independiente, pero inflexible siempre. Porque fue un autodidacta, es decir, porque fue al propio tiempo su maestro y discípulo; porque él mejor que ninguno supo de las dificultades de una formación profunda en un país conturbado por las revoluciones; porque comprendió, en calidad de discípulo y maestro de sí mismo, su propia autoridad en relación con el mundo en torno, hablaba ya desde su juventud con todo el imperio del magister.

Varias veces nos hemos preguntado, sin hallar respuesta satisfactoria, cuál sería para Caro el valor espiritual del conocimiento. ¿Qué es saber? ¿Qué es conocer? ¿La misteriosa relación con el mundo externo cómo se la explicaba el grande hombre? El ente que sabe, que sale de la conciencia para ir a las cosas externas, ¿a qué ley está sometido? ¿Conocer es copiar cosas que están fuéra de nuestra conciencia o es materializar por un juicio hechos o acciones útiles, como lo pretende el pragmatismo filosófico? ¿De qué manera entendía Caro esa ecuación del conocimiento? Dentro de su concepto espiritualista, innato, trascendente, el señor Caro desechaba toda explicación materialista para juzgar el conocimiento como una penetración intuitiva a través del mundo objetivo. Pero si así es, ¿cómo obra la psiquis en esas relaciones? ¿Como voluntad, como fuerza creadora, o se limita a contemplar el universo como espectáculo sometido a la persistencia de leyes naturales, inmutables y eternas? ¿Puede el hombre por el conocimiento retrasar o adelantar el proceso evolutivo de las agrupaciones humanas? Nunca podremos comprender bien si la poderosa cerebración de Caro quiso formar a priori el medio en que le tocó actuar.

Si así fuere podrían explicarse graves errores de técnica política a su máximo dominio en dirección contraria a la voluntad nacional.

Dogmático en sus artículos, con el dogmatismo de quien comprende su superioridad y se siente respaldado por una causa justa.

Fue una sola—ya lo hemos dicho—su línea de conducta; por eso su cerebro estuvo maduro en pleno reverdecer: estudiar, saber, buscar hechos científicos, leyes, dominar, en una palabra, con su mente nutrida.

Desde entonces un anhelo de dominio apunta en Caro. Pero en este dominio no cuentan el tiempo ni el espacio; domina con la fuerza de la idea, domina con la luz que proyecta sobre cualesquiera problemas.

Es interesante el sentido del espacio en Miguel Antonio Caro. A través de su vida, la experiencia, el hecho empírico parece no contar. No tenía interés directo en el hombre individualmente sino en la *idea* del *hombre*, en la *virtud* en general. Incapaz para empresas de organización práctica, lanzaba su mente el esquema de la organización. Jamás viajó; no pasó nunca de los hechos singulares a las abstracciones; traía en sí las abstracciones para aplicarlas a los hechos. Era un estudioso, en el más amplio sentido de la palabra, sin entrar en inmediato conocimiento de los paisajes y de las psicologías de los distintos pueblos, intuía a éstos y aquéllos con su mirada. El espacio lo concebía en él mismo y al propio tiempo en las leyes perennes.

Desdeñaba lo mudable, lo que cambia y se altera; buscaba lo permanente, aquello que no se daña a pesar de las circunstancias. De ahí su desprecio por los hombres inconstantes, por quienes al rectificar sus ideas, sumidos en la superficialidad, esquivan el seguir una sola conducta. Orgulloso en su moral intachable, adquiría ante el adversario indeciso o alejado de una línea recta, fuerza, vigor y poder.

Y, por ello mismo, ya desde su juventud era intolerante, intolerante a pesar de él, pudiéramos decir. Nada hay en el señor Caro de contemporizador en cuanto a la parte ideológica.

Las características anotadas, unidas al imperialismo espiritual, aparecen en sus veintitrés años. Continuó su vida de estudio en el más estricto orden. *La República, La Fe, Los Anales de la Universidad de Colombia,* para no citar sino unos pocos, daban a luz sus artículos. El señor Caro tenía necesidad de un periódico propio para exponer su doctrina con plena libertad, y y entonces fundó *El Tradicionista* (1871-1876). Era un periódico tendiente a sostener la libertad religiosa; a combatir al gobierno federal, iniciado con el triunfo de Mosquera, y la Constitución de Rionegro.

El Tradicionista del señor Caro fue en verdad la cuna de la Regeneración. El doctor Núñez decía que había cambiado su credo político, convencido por su doctrina.

En 1873 contrajo matrimonio con doña Ana Narváez, dama culta e ilustrada, de gran virtud y personal simpatía. A ella fueron dedicadas las *Horas de Amor,* y parece que bajo la inspiración de aquel gran amor de su vida Miguel Antonio Caro se sintió verdaderamente poeta, pleno de sentimiento, pleno de ternura.

Desde el momento en que el señor Caro tuvo un hogar propio, se consagró a él y vivió en él. Acaso esto parezca redundante; mas son pocos los que realmente logran vivir su propio hogar. El señor Caro, que rara vez dejaba la casa, que no hallaba aliento fuéra de ella, le consagró lo mejor de sí mismo. Su hogar era amigo, confidente, animador. Desde su cuarto de estudio vivía la vida diaria del hogar. Sabía cuanto acaeciera, y al tiempo que traducía a Virgilio o hacía un estudio filosófico, no descuidaba al maestro de obra en su trabajo y a las criadas con sus diarios *recados.*

Su casa era el centro de la tertulia. Además de todas las esferas sociales, acudían personas en busca de consejo. Se le creía una especie de enciclopedia, se le abrumaba a peticiones, y aun los párrocos le pedían sermones para dirigir a los feligreses. Con cariñosa y fiel solicitud a todos escuchaba.

El señor Caro sentía interés por la gente humilde. Sostenía largos diálogos con los pobres; ellos tenían libre entrada a su biblioteca, así estuviera en intrincado estudio.

De su matrimonio tuvo ocho hijos y una hija. Habitaba la misma casa don José Eusebio, su señora y sus dos hijas, las cuales a la muerte de éste continuaron en el núcleo familiar. El encanto de la chiquillería con sus voces alegres y juguetonas y luégo el interés por los hijos mayores, eran la satisfacción y la nota principal en la vida del señor Caro.

Su afecto intenso era su esposa, su musa y el centro de aquel hogar vital, pudiéramos decir.

Al lado de *El Tradicionista,* y aprovechando las conexiones que con tal motivo adquiriera, fundó el señor Caro la *Librería Americana,* la cual hoy existe aún, dirigida por los señores Michelsen. Era ésta la librería más importante de la época. El señor Caro conservó su librería hasta el momento en que entró a ejercer la Presidencia de la República en 1892.

En la imprenta de *El Tradicionista* se publicaron también importantes libros, como las obras completas de José Eusebio

Caro, la *Historia Eclesiástica y Civil,* de don José María Groot, etc.

El Tradicionista fue censurado por el gobierno y la imprenta destruída. Continuó su labor literaria desde el *Repertorio Colombiano,* revista dirigida por don Carlos Martínez Silva y una de las más importantes y científicas del país.

La familia del señor Caro fue azotada de modo terrible durante la revolución del año de 1876. Siempre temeroso de la delación, sin recursos; angustiado por las dolencias de su compañera, pasaron por su hogar horas de zozobra imborrables.

Acarició entonces la formación de un partido nacional que uniera todos los bandos. Soñó una paz firme que lograra extinguir los odios y las guerrillas periódicas. ¿Tomó entonces la determinación de intervenir personalmente en la política? ¿Acaso deseó con ardor ser jefe y tomar en sus manos el mando?

Apaciguada la revolución, pero no el odio, en el discurso de entrega del mando al sucesor de don Aquileo Parra, General Julián Trujillo, dijo Núñez: ''Regeneración o catástrofe''. Desde entonces apareció el nombre de regeneración en la vida política.

En 1880 subió al poder Rafael Núñez. Sonaban ya las primeras campanadas de una reforma: centralización política, descentralización administrativa. El señor Núñez llamó a hombres del partido conservador a colaborar en el gobierno. Uno de los nombramientos recayó en el señor Caro para Director de la Biblioteca Nacional.

Núñez admiraba profundamente a Caro; con justicia veía en él, como más tarde lo dijo, ''la primera ilustración y la primera virtud del país''.

Más tarde, durante la segunda administración de Núñez, el señor Caro entró a tomar parte activa en los destinos de la República. En efecto, terminada la guerra civil de 1885, concurrió al Consejo de Delegatarios que debía sancionar la nueva Constitución. Miguel Antonio Caro fue nombrado delegatario por Panamá, en unión de don Felipe F. Paúl.

Nuestro propósito no es internarnos en la vida pública del señor Caro, sino trazar el esbozo sintético de su vida. Por ello omitimos el análisis de su labor en aquel Consejo; hemos de decir, sí, que el trabajo fue arduo y penoso, que le alejó de su habitual estudio de las letras; pero abrió campo ilímite al futuro colombiano. Porque el señor Caro dejó su huella en la

Constitución de 1886; principalmente fueron su clarividencia y saber los que dieron a la Carta nuéstra el sello perenne, el sello clásico que la caracteriza (el fondo de ella en realidad es permanente, es seguro, es firme; detrás vive aún la mente del señor Caro).

Saltó el gladiador a la arena en aquel entonces. Dejó su amable retiro de estudio. Para la lid tenía bien preparado el campo: recordaba las guerras, que habían dejado dolorosos recuerdos en su mente de niño y de adolescente, los horrores de la última contienda (recordó su anhelo de confraternidad de los colombianos en un solo partido nacional), y se sintió fuerte, e indagando su preparación intelectual, se sintió capaz. No era un político, él lo sabía bien; las mentes acostumbradas a la altura pocas veces pueden entrar en la contemplación de los detalles pequeños; veía en Núñez, sí, el verdadero político, audaz, intuitivo, diplomático y experimentado en el trato de los hombres, y se lanzó de lleno a colaborar en su gobierno.

Sus sueños de siempre se veían próximos; la libertad de la Iglesia católica, la enseñanza de acuerdo con la Iglesia católica. Y se presentó a luchar y a vencer para alcanzar su ideal. Venció efectivamente. Los artículos de la Constitución fueron estudiados uno a uno con detenimiento y expuestas sus razones con lógica implacable. Así aparecen sus primeros discursos políticos, sobrios y certeros, llenos de enseñanza, poderosos en su exposición.

¿Hubo más tarde que reformar esa Constitución? Es verdad. Sobre todo aquel artículo de irresponsabilidad presidencial, incompatible con nuestras ideas democráticas. Empero, Caro el jurista, el expositor, se impuso en aquella Asamblea. Terminada la Constituyente, Núñez quiso enviarle a España y a Inglaterra como Ministro en reemplazo de don Carlos Holguín. Caro se negó, como había de negarse cuando don Manuel M. Marroquín le ofreciera otro cargo diplomático. Y aquí ocurre preguntarnos: ¿por qué el señor Caro no quiso viajar?

Muchas veces nos hemos detenido en esta pregunta y hemos logrado alcanzar esta conclusión: al señor Caro no le interesaban los viajes. Parecerá un absurdo nuestra aseveración, pero podemos sostenerla. Caro amaba el pensamiento y en cualquier sitio lo cultivaba; amaba la soledad, el apartamiento; quería estar lejos del bullicio, y antes que el bullicio y la pompa de las grandes ciudades, prefería el tranquilo retiro. Casi podríamos

decir que no le interesaba el conocimiento directo. Amaba la síntesis, como tendremos ocasión de advertirlo en repetidas ocasiones a través de este estudio, y ella se advierte con más claridad en el retiro que en el bullicio. Sin duda ninguna, a un espíritu como el de Caro hacen falta los viajes, que dan una cierta flexibilidad, y acaso hubiera moderado su temperamento dogmático. Para nuestro país, Caro hubiera dado gloria a esta República modesta, tan perturbada por la lucha.

Expedida la Constitución del 86, Caro ocupó el cargo de Consejero de Estado. De entonces datan sus magníficos estudios jurídicos, que, según los jurisconsultos, son exposiciones importantísimas de Derecho y de las mejores con que cuenta el país.

En 1892 fue lanzado su nombre para candidato a la Vicepresidencia de la República. En medio del odio y aversión de algunos al sostenedor de la nueva Constitución y de la adhesión ilímite de los nacionalistas, encabezados por el propio Núñez, triunfó en las elecciones. Núñez fue reelegido Presidente. En el señor Caro quedó el mando, pues Núñez se había retirado a Cartagena, donde murió en 1894.

La Presidencia del señor Caro fue el gobierno minoritario contra la mayoría de los colombianos. En efecto, el partido nacionalista, formado por liberales independientes y por algunos conservadores, era una minoría de efímera duración en la historia, que desapareció una vez cumplida la labor. De sus filas iban saliendo combatientes disgustados, ora con nombramientos de liberales independientes, como Roldán, ora de conservadores no históricos.

Las medidas de represión enardecieron la discordia; las luchas contra el gobierno eran cada día más intensas y culminaron en 1895. El país estaba pobre, sin industria, cansado; pero, como el gladiador herido, aún combatía hasta quedar exánime en el campo.

La Presidencia del señor Caro fue modesta. No contaba con gastos de representación y eran ningunos sus bienes personales. Seis años en el Palacio de San Carlos amargaron el resto de sus días. Caro, que actuó directamente en la política al ocupar la Presidencia de la República, no estaba preparado—debemos decirlo así—para gobernar ni para resistir los diarios golpes, los embates violentos a los cuales está expuesto el gobernante en países democráticos.

El momento político era uno de los más agitados y difíciles. Toda adaptación nueva es dolorosa. El señor Caro pasó entonces los más amargos días de su existencia; sus antiguos amigos políticos le hicieron blanco de ataques crueles. Ni las circunstancias históricas, ni el carácter del entonces Presidente dieron los resultados que esperaba el doctor Núñez.

Bajó del solio herido, tras lucha leal y honrada, sin bienes de fortuna, solo y pensativo, con el caudal de su saber y con el deseo único de entregarse a sus disciplinas humanistas.

Quedaron para su fortuna sus relaciones con los ministros diplomáticos, quienes supieron apreciar aquel carácter íntegro, aquella lealtad ejemplar, aquella inteligencia excepcional.

El partido nacionalista tocaba a su fin: ya había cumplido su misión.

En su casa del barrio de Las Nieves, allí donde hoy se levanta en bronce su estatua, pasó el resto de sus días. Tornó a ser "él mismo", a encontrar la felicidad serena de su soledad y de su estudio. Días de pobreza trágica llegaron entonces; días de abandono, del abandono que siente el hombre público en carne viva y al cual está destinado en la mayoría de los casos; en cambio halló la paz, la serenidad augusta de *Magister* que, cual fray Luis, torna a enseñar tras las amargas horas de la prisión.

Se le había rechazado como político; se le respetaba como maestro. Cuando, acompañado por alguno de sus hijos, pues su mala vista no le permitía salir solo, iba de paso por el camellón de Las Nieves o por la Calle Real, sus mayores enemigos, los mismos que durante seis años le habían combatido, se inclinaban respetuosos ante aquel que continuaba siendo para todos "la primera virtud y la primera ilustración de Colombia".

En 1903 fue nombrado profesor de Derecho Constitucional en la Escuela de Derecho. A sus conferencias asistían no sólo estudiantes sino abogados en ejercicio y aun Magistrados de la Corte Suprema de Justicia.

En 1903 y 1904 asistió al Senado de la República y pronunció entonces sus mejores oraciones para improbar el Tratado con Panamá.

En 1905 fue nombrado defensor del doctor Angulo en la Corte Marcial en el proceso que se siguió a los conspiradores contra el General Reyes, el Presidente dictador.

Probó en aquella corte su valor; sus discursos implacables contra el régimen quedaron perdidos, pues no se permitía que pasaran al público, y las sesiones tenían lugar en el mayor secreto. Entonces se unió a la suya otra voz, la de don Antonio José Restrepo, nombrado también defensor de uno de los acusados.

Sus costumbres eran las de siempre.

Atendía a los pobres, aconsejaba a cuantos acudían a él. Recibía en las tardes a sus amigos y prolongaba la tertulia después de las cinco de la tarde, hora en que acostumbraba comer.

Monseñor Ragonesi, Monseñor Carrasquilla, los ministros del régimen, los diplomáticos, acudían a pasar la tarde en su compañía.

Su mordacidad fina no había decaído en el paso de los años.

"Escribo en latín, decía en ocasiones, para que no me entiendan los históricos". Alguna vez le pidieron el sentido de un artículo de la Constitución de Rionegro y respondió: "Habrá que saber quién lo escribió y qué clase de gramática estudió para poder contestar".

Algunas veces asistía a la tertulia de los jóvenes, donde sus sobrinas y sus hijos reunían en las tardes a sus amigos. Era entonces el más animado de la reunión, el más jovial. Y él, que nunca había aprendido a bailar, contagiado por la alegría bulliciosa de la juventud, se iniciaba en la danza.

Tranquilo, con la tranquilidad de quien ha cumplido su deber, vio transcurrir los últimos años de su vida. Cultivaba asidua correspondencia con sus amigos lejanos; la parte más interesante de ella y que hoy se conserva por fortuna, es la que sostuvo con don Rufino J. Cuervo; también es importante la cruzada con don Marcelino Menéndez Pelayo.

En 1908 murió doña Ana de Narváez de Caro. Don Miguel Antonio, estoico siempre ante el dolor, si bien no hizo ninguna externa manifestación, sintió la vecindad de su fin. Desde entonces fue decayendo, se había alejado parte de sí mismo y él deseaba ansiosamente hallarla. El 5 de agosto de 1909 anunciaron las campanas fúnebres que el señor Caro se había alejado para encontrarse "él mismo" en otra vida mejor.

"Iba yo viendo, dice Monseñor Carrasquilla, con íntimo pesar, cómo se apagaba aquella soberana inteligencia, cómo la regia voluntad ya no imperaba. Siempre como cristiano, creí y creo en el alma inmortal; estuve y estoy persuadido, como dis-

cípulo de la filosofía, de verdad tan clara y evidente; pero en aquel momento vi con mis ojos, palpé la inmortalidad del espíritu, soplo de Dios, imagen del Hacedor infinito. ¡Nó! ¡Ese entendimiento no se extingue, no perece tánta ciencia, caridad tan encendida no se apaga, carácter tan entero no se troncha por la enfermedad ni por la muerte!

Cesó la agonía; los ojos brillantes y fijos en la luz de la eternidad abierta ante ellos, se cerraron sin esfuerzo. Reinó hondo silencio en medio del cual murmuraba yo, sollozando, las últimas plegarias''.

Hoy, pasados los años, tornamos a sentir ese silencio, revivimos el cuadro final de la existencia del señor Caro. Creemos haberlo conocido, haber gozado de su compañía, y nos embarga una sensación de soledad.

Si los espíritus en la distncia se unen; si a pesar de la ausencia material logran mutua comprensión, hemos conocido al señor Caro. Y al seguir sus pasos por la vida, al saber de su glorioso ejemplo, hemos sentido en nosotros la voz y la presencia del gran colombiano. Por eso, al remover esta hora de angustia, también sufrimos al inclinarnos reverentes ante el cadáver del repúblico.

MIGUEL ANTONIO CARO, POETA

Miguel Antonio Caro es un verdadero representante del Lacio en el habla castellana. Su sintaxis, su construcción, el poder de síntesis que presta a la palabra una gama de matices para concretar en ella sola diversos pensamientos, nos recuerda la amistad del poeta con Virgilio y Horacio, con Propercio y Cátulo. En plena época de romanticismo colombiano, de exaltación tropical, los versos del señor Caro presentan una admirable unión clásica de sentimiento y pensamiento. Miguel Antonio Caro no es, ni puede ser, un poeta espontáneo: canta porque lleva una armonía que no puede manifestar sino en expresión exacta, matemática. Quien los lee una vez no puede gustarlos; sólo quien convive con su poesía, lógica en la forma, de sentir hondo pero dominado en el fondo, puede llegar a encontrar en esos versos un tesoro inagotable más rico cuanto más conocido.

Caro nos da la clave de su poesía: ''Los estudios clásicos subordinados al espíritu católico, al mismo tiempo que halagan y llevan tras sí la voluntad sin esclavizarla, fecundan el entendimiento para toda suerte de trabajos, amenizando los que de suyo son áridos y ennobleciendo los que parecen frívolos; la poesía, por ejemplo, que para el humanista no es un entretenimiento baladí, un mero juego de sociedad, sino la más bella y agradable de las ciencias enlazada en curiosas investigaciones históricas y con el estudio profundo de los símbolos del pensamiento humano'' *(Estudio sobre Menéndez Pelayo).*

La poesía para Miguel Antonio Caro es, pues, la más bella ciencia de investigación histórica y psicológica de la expresión del hombre.

''La poesía es arte de invención, de expresión y de imitación, dice más adelante. Imita el poeta a la naturaleza e imita también a otros poetas, no siendo, como algunos piensan, incompatibles ni diversos por esencia estos dos linajes de imitación; puesto que los libros llevan en sí mismos mucho de naturaleza humana''. ''Asuntos nuevos en versos antiguos'', ''Frutos fres-

cos con sabor conocido", es la poesía para el señor Caro, según la idea de André Chenier.

Identidad y comprensión con los vates favoritos; obediencia a la inspiración propia: hé ahí la realidad de sus versos.

La naturaleza lógica de nuestro humanista, matemática, pudiéramos decir, cabe mejor en el soneto severo, uniforme, conciso. Sus sonetos los encontramos perfectos; tal intensidad encierran, que las voces parecen brotar del libro para alcanzar el mármol; tan llenos, tan rebosantes de sentido surgen de cada uno de sus versos. Hay una fuerza interna en ellos—afirmación que hacemos extensiva al estilo del señor Caro—que llega a subyugarnos.

Del autor de la *Oda al Libertador* podemos decir como de Leopardi: que si su prosa es el análisis de su sér interno, su poesía es la síntesis de su ego. Sus creencias religiosas, su credo político, su propia latinidad, sus teorías estéticas, la intimidad en su sentimiento, todo ello encuéntrase en su poesía. Porque para él poesía no es tan sólo la expresión de un momento sentimental, no es la combinación de imágenes, sino, como lo fue para Lucrecio, un instrumento de síntesis.

Y, sin embargo, hemos de afirmar que sus mejores poesías son aquellas inspiradas espontáneamente y armonizadas dentro de una perfecta dicción clásica; aquellas en que notamos una mayor intimidad y en las cuales, dejando a un lado la *teoría*, se hace a sí mismo una sincera confesión.

Escuchemos al hombre que busca lo trascendente, que ama los problemas vitales, cuando vuelto en sí advierte la belleza de las cosas pequeñas, la hermosura de lo insignificante:

A SI MISMO

Atrevido y soberbio pensamiento,
que, en las alas de Dédalo, te viste
el vuelo remontando, pretendiste
los senos penetrar del firmamento;

Déja la gran labor, el gran tormento,
explorador de cuanto ignoto existe;
del empeño sacrílego desiste,
y búsca ocio feliz, plácido asiento.

Míra el rústico techo, el bosque umbrío,
contémpla las pintadas mariposas
que vuelan dulcemente a par del río.

Por campos y riberas deleitosas
descánza un poco, pensamiento mío;
vuélve al amor de las pequeñas cosas.

¡Ah! El volcán del pensamiento que en un interminable por qué quiere para sí mismo resolver las causas de la vida y la muerte. El poeta en su elucubración recordó a Horacio tendido a la sombra de los árboles, gozando del vino y de los placeres sencillos.

Como todo grande hombre, supo de la grandeza de lo pequeño. Pudiera parecer que el orden de un continuado trabajo intelectual encerrara al pensamiento puro, distanciándole del medio y de las preocupaciones de la política. Mas no fue así. De cierta época en adelante sus actividades se tornaron socializadas; intervino en asuntos públicos honrada, valerosamente; anheló servir a la sociedad desde el campo político, aun cuando sus vestiduras quedaron manchadas de lodo y su alma atenazada por la pesadumbre.

Ni qué decir debo, ni en qué capacidad estoy para anotar las faltas de su obra política. La desviación del intelectual al político, de los estudios a las experiencias, se explica por su amor hecho altruísmo, humanizado, extendido más allá de su solar y de sus libros.

El mismo puede darnos la respuesta: una respuesta que vale tanto más cuanto se acerca a una eterna realidad humana:

AMOR

¡Señor! El que orgulloso en su ignorancia
en solitaria estancia
el rastro sigue de la ciencia escrita
y de los mundos el arcano explora,
sólo estériles dudas atesora
y el rastro pierde de tu luz bendita.
Y si a dolencia extraña,
que su vida acíbare permitiste
sus sueños anublando de ventura
la frente abate la indolencia triste;

o ansioso desespera
y de la nada en la mansión oscura
término hallar a su penar quisiera.

Para él naturaleza
es pobre en su riqueza
y en su elocuencia calla:
la estrella de la tarde no le inspira
la santa suspensión de la tristeza;
ha perdido la fuente sus rumores,
han perdido las flores su perfume.

Como ilusiones mira
los ensueños, las risas, los amores;
más realidad no halla
que el nebuloso mal que le consume.
Y si en lúcido instante considera
la gloria de la vida
y la música inmensa que derrama,
ve la felicidad que de él se olvida
al placer oye que a los otros llama.
¿Dónde hallará consuelo?
Lo ha buscado en los goces de la tierra
y en la esperanza que engalana el cielo.

Mas si aún perdón merece en su extravío
y compasión en su infelice estado
tu amor se compadece
y su espíritu alienta atribulado.
Cual salió de tus manos alba y pura,
radiante de inocencia y de ternura,
la mujer a sus ojos aparece;
la llama de la vida
su corazón abrasa
y a iluminar su pensamiento pasa
en purísimo rayo convertida.
Entonces el dolor se desvanece
o de pena se cambia en beneficio,
pues ocasión le ofrece
al sublime placer del sacrificio.
Si salud, abundancia le prodiga
generosa tu mano

y en el seno gentil de la hermosura
(premio no indigno de mortal fatiga)
algún tierno favor conquista ufano,
lo recibe cual dón de añadidura.
El que en amor renace
amando vive, amor le satisface.
Y si desnudo, enfermo
sólo le dejas del amor las aras,
pobre se mira pero no infelice,
y en su pobreza tu bondad bendice.
. . . .

La historia de su evolución espiritual: el hombre fáustico salvado por la voz de Margarita.

Como Fausto, Caro sintió la amargura humana ante la ignorancia de las primeras y últimas causas. Fausto decía: "Con ardiente afán ¡ay! estudié a fondo la filosofía, jurisprudencia, medicina y también la teología, y héme aquí ahora, pobre loco, tan sabio como antes".

"Me titulan maestro, me titulan hasta doctor, y cerca de diez años há llevo de los cabezones a mis discípulos de acá para allá, a diestro y siniestro... Y veo que nada podemos saber".

Esta Margarita que un día hallara no fue su salvación de ultratumba sino su despertar en el mundo externo. Por su amor, Caro amó las pequeñas cosas; fue ella el puente vital que desde la aridez del pensamiento puro, a través de un mismo sentir, le condujo al mundo externo. Cuando encontró a la amada pudo decir como Goethe: "¡Despunta el día, amor mío, amor mío!" Cuando se alejó de él y desató, por tanto, el vínculo a que le atare al mundo, Caro, sin fuerzas ya para la lucha, fue tras ella. "Una parte de sí llevóse al cielo".

Su conformación clásica buscaba la duración y eternidad; enfocaba su pensamiento en abstracciones allende lo sensible. Nada más natural que buscara un equilibrio terreno en el amor, que también quiso eternizar, de la mujer amada.

Amó a una mujer, a una sola:

Mi amor es puro y vago, misterioso y fecundo,
más hermoso que el cielo, más que la mar, profundo
si así cual signos tienen extraños pensamientos
tuviesen su lenguaje también los sentimientos!

Tánto al hombre no es dado, ni a ensayarlo me atrevo;
Traigo, Colón segundo, de amor un mundo nuevo.

Brota el hombre espontáneo y natural en ese cántico amoroso, profundo sentir que no halla adecuación en la palabra humana. Y ello adquiere tanto mayor valor en Miguel Antonio Caro cuanto su expresión pretendía encarnar la realización fiel de su idea.

Meditemos cómo aquel hombre cuyo poderoso razonamiento creyó encontrar solución a todos los problemas, halló vano su saber ante la profundidad del sentimiento. Entonces sí, sólo entonces pudo comprender aquellos versos de su padre:

Yo, ya de orgullo estoy cansado,
ya estoy cansado de razón;
déjame, pues, que hable a tu lado
cual habla sólo el corazón.

En la magia de la conciencia alcanzó ese sentimiento generoso, la síntesis del *yo* sublime y el pequeño *yo*.

Despertóle de su meditación la cadencia arrancada a un piano por unas débiles manos:

Tú me das esa voz, mi alma interpretas
cuando la diva inspiración tu mano
guía sobre las teclas del piano:
voz no aguda o crüel como el gemido,
ni artificiosa como acento humano.
Tú mis penas expresas
en deliciosas notas de armonía
que halagan los sentidos
y aduermen la doliente fantasía.

Fue entonces cuando comprendió todo el valor de otro sér y cómo tomaba espíritu una vida verdadera dentro de él mismo. Acaso, al ver la unión milagrosa, se expresó así:

¡Contigo cuán rico soy
y cuán pobre para ti!

Cantó la comunión espiritual, la magia de la voz femenina como panacea al dolor:

Tú cual prodigiosa maga
quita esa sombra que vaga
en torno de mi cabeza.

¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Deseo humano y perpetuo! ¡Oh misterio más claro y más tangible en el dolor y en el amor! ¡Oh anhelo infinito de perfección y de conservación, horror a la nada! El amor, el eterno amor absorbe en sus cavilaciones al poeta, y, así, lleno de unción y convencido de la certeza de lo eterno, exclama:

El vínculo secreto
¿quién podrá dividir de dos amantes?
Sacan valor si adversidad los hiere,
y cuando el cuerpo muere,
vuelven allí donde se amaron antes.

¿Cuál si no es el amor en las grandes creaciones? ¿Cuál si no es la muerte eternizándolas? Romeo y Julieta no representarían su más alta cumbre si sus cadáveres no hubieran rodado por la tierra para buscarse más allá. "Vuelven allí donde se amaron antes".

Sintetizando, hallamos en la poesía erótica de Miguel Antonio Caro el sentido objetivo, el valor de las pequeñas cosas, la "grandeza de la pequeñez humana", la emoción profunda que anhela perpetuarse más allá del tiempo.

¡Un descubridor! Sí; razón tiene el poeta que alcanza a vislumbrar a alguien en su estancia, que irrumpe soledad, alguien que a su vez lo une y lo desune del mundo:

Traigo, Colón segundo, de amor un mundo nuevo.
Del cielo descendiendo a mi cabaña
con vaguedad de nube y luz de estrella
ella mis hondas soledades, ella
mis mudos pensamientos acompaña.

La Soledad. Hé aquí una nota distintiva del carácter de Caro. Ya lo dijo:

Yo propio. Soy mi noche fantástica y mi abismo,
dos soledades que en silencio cruzo.
Esparzo estrellas yo, perlas acopio;
ya cual silfo revuelo entre mí mismo,
ya en mí mismo sumérjome cual buzo.

Su soledad en la naturaleza: profundidad abismal del océano, sombra acogedora en la noche.

"No es soledad (concepto que podría asociarse con el egoísmo) la del amante de las letras que retirado del bullicio se encierra a leer grandes pensadores de las edades pasadas; sus amigos, los libros donde ellos dejaron el rastro luminoso del genio; su atmósfera, la de la historia tan sana y tranquila que hace reinar la paz en aquellas páginas mudas, dictadas por la razón apasionada de los que fueron contendores en polémicas ardientes" (Caro).

El hombre frente a sí mismo, la conciencia de identidad y contradicción en un mismo sér, eso significa soledad creadora. Amor a las notas silenciosas que saltan y se encadenan, en pugna por salir, que se internan en los más hondos contornos psicológicos que crean y combinan imágenes, que sugieren ideas, que componen y descomponen lo perdurable y lo invariable. Para usar una expresión paradojal, la soledad sólo es fecunda cuando actualiza en la conciencia la intimidad del propio diálogo.

No somos una unidad rígida sino, por el contrario, un microcosmos.

No somos un sér sino muchos seres y la reunión de todas las sustancias materiales y espirituales.

Recordamos ahora las palabras de Kahlil Gibran:

"Pero yo digo que así como el santo y el justo no pueden elevarse más alto de lo más noble en vosotros, así el malvado y el débil no pueden caer más abajo que lo más bajo y mezquino de vuestros seres" *(El Profeta.* Traducción de Elena Laserna de Aparicio).

Los seres y las especies vagan en la inmensidad de nuestro yo. La intimidad surge y permanece, cuando hacemos consciente nuestra multiplicidad y logramos que todas nuestras notas vibren en armonía nunca esperada. La intimidad surge cuando comprendemos que la bondad y la maldad, el amor y el odio, la sabiduría y la ignorancia, la inteligencia y la torpeza, la avaricia y la prodigalidad son entidades que poseen voces distintas y que habitan en nuestro interior.

Surge la intimidad, cuando con oído atento escuchamos nuestro propio diálogo, cuando con ayuda de ciencia y de poesía, a fuerza de comparar y de inquirir los problemas, a fuerza de identificarnos con el mundo en torno, nuestra voz responde a nuestra propia voz. El yo frente al yo. El principio de identidad que nos junta y nos ata inflexiblemente a nosotros mismos es el constante flujo y reflujo de la soledad.

¿Cómo era la soledad de Caro?

El océano y la noche, nos responde. El océano sin límites y sin fondo, porque su diálogo versaba sobre la eternidad inmutable, y al propio tiempo como su amor, quería permanecer a pesar del tiempo. La noche que espera la luz de una mañana iluminada por la fe; la noche suave, soñadora, mística, que brinda olvido y presta protección; su propia noche le lanzó a enseñar, a investigar, para conducir la mente por una ruta segura.

En su soledad vivían mundos ya idos. En su monólogo las palabras de Horacio y de Virgilio, de los santos padres y de fray Luis, se confundían en una sola. Miguel Angel y José Eusebio Caro, Sully Prudhomme y Cervantes; allí se escuchaba latín, griego, francés, inglés, castellano. La filosofía, la lingüística, el derecho, la teología, laboraban en una misma obra. Allí Eneas y el Quijote se abrazaban en la sabana del Zipa.

América Hispana tomaba cuerpo en aquella soledad; un corazón femenino y unas cabecitas infantiles le acompañaban en sus sueños.

Hé ahí la soledad de Miguel Antonio Caro.

Burla, burlando con agilidad e ingenio bogotano, toda la profundidad del diálogo interno, así la expresa:

Como el corcel que con ligero casco
al campo torna libre del jinete,
vuelvo así a mi doméstico retrete
soltando el freno incómodo que tasco.

Informes y expedientes me dan asco
en que civil deber me compromete,
y sin que nadie mi silencio inquiete,
en lecturas poéticas me enfrasco.

Andante a quien el sol abruma y lacra
la corbata me quito y el chaleco,
de la raza de Adán pesado lío.

Y en la onda fresca de Hipocrene sacra
dulcemente zambullo el cuerpo seco
y gozo, no en ser yo, sino en ser mío.

Recuperarse a sí mismo, total y plenamente tras las jornadas públicas; reanudar la conversación suspendida durante el diario afán. Hé ahí su secreto de felicidad.

Si aplicáramos las modernas teorías psicoanalistas a esta soledad creadora, aseguraríamos que un hombre así, armado de un tesoro espiritual, no llegará a ser dominado por el fondo oscuro de la subconciencia.

Ya lo dijo Sócrates:

"Porque del conocimiento propio en la forma que hemos venido expresándolo, al menor llamamiento surgen las acciones y reacciones necesarias al dominio del impulso".

Al *silencio* del diálogo ha dicho el propio Caro:

Reinas callando, pero no desnudo
de espíritu: semejas la penumbra plácida,
no el abismo del caos rudo.

Caro y la naturaleza. No podríamos apellidar a Caro poeta de la naturaleza. La naturaleza está en él; no en lo objetivo, ni son sus voces las que le inspiran. Hace suyas las voces de la naturaleza hasta transformarlas en él mismo. La *naturaleza* en Caro no es, como fue para el romántico, un eco a sus sentimientos ni una amiga vital que le acompaña; es el marco para sus versos; es el encanto para sus metáforas: el árbol y el poeta, las aves y la libertad, el río y el constante vaivén de la vida.

Es muy clara la influencia horaciana: *naturaleza* plácida, sencilla, sólo tranquilidad, paz; una naturaleza que no sabe llorar, que no sabe amar, que no desea. No una naturaleza trágica, profunda, llena de misterios inquietantes; más bien idílica, transparente, clara.

Caro no transmite su alma a la naturaleza: se queja, le expresa sus pesares, le pide consuelo. La naturaleza para Caro es clásica: solemne, serena, semidivina. A veces, como dijimos, sigue a Horacio, a veces se asemeja a la concepción de Francisco de Asís, sin ese antropomorfismo sublime. No es madrastra, no hermana, sino consuelo y refugio. Observemos nuestro aserto en algunas de sus sobresalientes composiciones:

LOS DOS HUESPEDES

¡Tú, cuya copa abierta se levanta
con sombra amiga protegiendo el suelo;
tú, do el alado morador del cielo
oculto anida y amoroso canta!

Yo mido el campo con humilde planta,
él cruza el aire con gallardo vuelo:
codicioso de amor, yo de consuelo,
juntos llegamos a tu sombra santa.

Inquieto, enamorado y engreído,
él en tu verde copa floreciente
viene a trinar cabe el sabroso nido.

Pensativo, callado, falleciente,
en tu nudoso tronco envejecido
yo busco arrimo, de mi bien ausente.

Es el presente soneto representativo del poder de concreción del poeta.

Tres son los personajes: un árbol, un hombre, un ave, hábilmente representados en tres pronombres: yo, tú, él. Cabe el árbol, llegan pidiendo, uno amor, otro consuelo. Mientras el pájaro busca su hogar, el hombre llora el bien perdido; mientras el uno domina las montañas, se hiere el otro con las zarzas del terreno. ¿Será ese el sentido del amor de Caro por las aves? El poeta quiere volar y anhela remontarse a una altura tal que no alcance la miseria humana. En ese espíritu, de una profundidad cristiana, serena, con resignación y sin desbordamiento desolado, más bien añorante y plácida, parécenos que las aves vienen a simbolizar un sentido edénico, a la vez sencillo y humilde, altivo y noble. En una de sus más bellas poesías, *Las Aves,* libertad, esperanza, ilusión, eternidad, fingen cruzar el azul en pos del alegre vuelo de las aves errantes. No es el águila, ni el cóndor americano, símbolo del poder; no es el ave vengadora. El poeta se deleita con la paloma y la torcaza humildes:

Aves, ¿do vais la alta esfera
risueña y limpia y clara?
¡Ay! ¡Quién como vosotras libre fuera!
¡Quién cual vosotras, ay, el vuelo alzara!

Blancos y deliciosos pensamientos
despertáis en el alma:
cuando os mecéis sobre los mansos vientos
cual la esperanza sois que boga en calma;

y cuando os alejáis apresuradas,
sois cual las ilusiones
¡ah! de puro atrevidas disipadas
del porvenir abierto en las regiones.

Va perderse el incienso allí en el cielo
y allá en el mar el río;
no sé dónde siguiendo vuestro vuelo
vuela a perderse el pensamiento mío.

Para la eterna inmensidad nacida
gime el alma y quisiera
en edades lanzarse sin medida,
en espacios hundirse sin ribera.

Por eso amar, volar nos place tánto:
el que ama los lugares
y el tiempo olvida, ¿qué es el desencanto
sino al fondo bajar de los pesares

y volver a cantar menguadas horas?
¡Ay! ¡aves pasajeras
de tristeza y amor inspiradoras
de adioses y esperanzas mensajeras!

Os sigo con la vista; ya no os veo,
y miro todavía,
que absorta en la ilusión de su deseo
os busca el alma en la región vacía.

Sombra y esclavitud cubren el suelo;
siguiendo vuestro giro,
la alegre libertad que hay en el cielo
gozo un instante, pues gozarla os miro.

Significando su amor por las aves, nos quedan sus traducciones de Cátulo del *Pajarillo de Lesbia;* de la *Elegía a la muerte de un papagayo de Ovidio,* etc. Su artículo *Aviarla Catulliana,* en el cual recuerda, de Roma a Colombia, pasando por España y Cuba, a cuantos poetas hayan amado el reino animal; para declarar tales composiciones, como la parentela del *Pajarillo de Lesbia.*

En la naturaleza lo atrae el árbol como símbolo propio del poeta:

Arbol es el poeta, que si aferra
en recóndito seno la honda planta
a las regiones de la luz levanta
la frente, que sublime instinto encierra.

Huyendo del contacto de la tierra
más dulce el aura, entre su sombra santa
silba, y de amor y gozo el ave canta
cuando refulge el sol tras la alta sierra.

Paz y serenidad a el alma enseña
su copa remeciéndose en la altura
con vago giro y con susurro arcano;

y al cielo, en cuyo fondo se diseña.
Cual de alada visión, su vestidura,
llama y convida al pensamiento humano.

Pero no sólo se asemeja al árbol: íntimas relaciones halla con él y su más alto perfil psicológico, así:

¡Fábrica opaca, hojosa, que levantas
sobre mudas columnas, móvil techo!
¡Arboles que ceñís el hondo lecho
del alma que humedece vuestras plantas!

Tal consuelo ofrecéis, dulzuras tántas,
troncos augustos, al doliente pecho,
que mi vivir por parentesco estrecho
ligado siento a vuestras ramas santas.

Comparemos al humanista con las frondosas palmas que adornan nuestros paisajes tropicales.

Sus raíces penetraban en la tierra profunda que guarda sagradas reliquias de santos y el polvo tradicional de nuestros ascendientes. Savia vivificante recogía en la luz, el aire y el jugo de sus conocimientos prestados al medio o arrancados a sus desvelos. Arriba, enhiesta, desafiadora, desdeñaba su cumbre el vocerío humano. Doliente humanidad ni alcanza altura, ingrata y tornadiza: ¡hasta ti van los frutos maduros del pensador a reconfortar tus energías!

Soledad y naturaleza, o lo que es lo mismo, la soledad del hombre frente a la naturaleza. Ahí estaba su principal inspiración.

Vida solitaria, modesta frugalidad, nada más pedía su deseo. La vida conforme a la naturaleza, sencilla, agreste en su forma, culta en el fondo, como quisiera fray Luis.

Por una interesante compenetración del yo en el todo, mientras el hombre adhiere a la ciencia, atráelo con mayor fuerza la visión pastoril y primitiva: ama más y comprende mejor la sencillez de las costumbres, se acerca a las églogas, desprecia el lujo y sabe valorar los bienes que la naturaleza nos brinda.

(Véase el *Canto al Silencio, Beato solitudo, A la vida solitaria).*

¡Naturaleza! ¡Acógeme en tu seno!
Ave modesta, a tu abundancia pido
sólo un rincón sereno
donde ocultar mi nido.

Hasta aquí llegamos a la intimidad del poeta bajo la sugerencia de sus notas: amor, soledad, naturaleza.

Los altos estímulos de la inspiración del poeta espigan en esos campos. Caro pulsa su lira para dar curso a su imaginación, para expresar la síntesis de su pensamiento.

Cartas o epístolas a la manera horaciana, cantos a sus amigos, a sus héroes preferidos. Su erudición, el tema mismo, su deseo de superación aminoran el esplendor del sentimiento.

Captan mejor su religiosidad las poesías ordinarias que aquellas otras de tesis definidas.

Entre sus cantos épicos tres hay que pueden destacarse: la *Oda al Libertador, Patria* y el *Himno del Latino.* En lo referente a la *Oda al Libertador,* damos la palabra al maestro Valencia:

"Un día se apoderó de él el anhelo de lo ignoto, y evocó el genio de la historia, y en su vuelo hacia los tiempos idos condujo hasta las forjas romanas todo el bronce que había recogido para fundir en él el alma de una estatua: la de nuestro padre Bolívar, y evocó la epopeya colombiana; y vio lo que fue la Independencia: un ensueño de hombres agitados del espíritu de aquella diosa que escanció en cincelado vaso para el filósofo antiguo el divino coloquio de la República; una tribuna sin cesar ocupada por oradores férvidos; un circo de los tiempos antiguos lleno de mártires despedazados; una historia entera desbaratada a cañonazos, y sobre el cuadro portentoso y épico un hombre, y ese hombre era Bolívar. La palabra vuela cansada para decir lo que fue él: predecir, luchar, vencer, crear, orar, gemir, cantar, rugir, maldecir, convencer, soñar, padecer, agonizar, morir. Morir no como quiera sino como la columna robusta, cansada de llevar sobre sus hombros el dombo inmenso de las naves; contemplar cómo España ataba de su escudo a la fiera soberbia y melenuda y dejaba volar, a cobijar el nuéstro, con la sombra sagrada de sus plumas, esa ave libre que gusta de armar su nido sobre el pico más alto de las sierras. Y esa fue la visión del poeta. Y él vio al héroe mártir y supo contemplar su perfil vencedor sobre el muro negro y derruído de los tiempos que fueron; y su gesto aguileño y su abrasada tez y sus mismas quemadoras pupilas en que reververaba el rojo sol del combate; y vio cómo, al acompasado galopar de su caballo, la tierra brotaba soldados que iban formando a su espalda como la cauda inconmensurable de un cometa, y cómo iba llevando, de colina en colina, los incendios de la guerra; y él, Caro, el poeta, cogió esos rasgos esenciales y fue a llevar a la hoguera volcánica el sagrado crisol que contenía el bronce futuro de otra estatua inmortal que, erguida eternamente bajo el cielo purísimo de la memoria colombiana, vivirá para siempre cuando el bronce de Tenerani, limado de los

siglos, yazga inútilo e informe cabe el pedestal dormido que hubo de sustentarlo un día''.

La musa de Caro a la patria comprende toda la raza latina. Es un solemne canto épico. Suenan sus estrofas como acompasados golpes de tambor marcial.

El *Himno del Latino,* premiado en Provenza, es una de las más bellas y emocionantes canciones. Parécenos escuchar un coro de voces idas, entre las cuales resalta el verbo sonoro del más grande de los oradores romanos.

En el soneto de *La Patria* hay una emoción maternal. La santidad de un hombre, el haber sufrido por una causa, la protección pedida al manto augusto antes que la defensa en el combate, y luégo aquel final que escuchamos, deleitados, aquellos versos que una vez oídos perduran en nuestro corazón:

Madre eres tú de la familia mía;
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.

¿No nos dan acaso toda la intensidad y la suave ternura del amor materno?

Si pudiéramos dividir ese entendimiento imperial de Caro, diríamos que el amor de Caro a la raza latina despertaba la misma devoción orgullosa que a su padre profesara y a Colombia la ternura materna, esa sombra pacífica y dulce que amparó su niñez.

Finalmente recordemos sus palabras sobre la misión del poeta:

Cual herencia común de las edades
recíbanme sensibles corazones
y embriáguense en mi amor, lloren mi llanto.

Nuestra soledad se ha visto poblada por esa voz de intimidad, y su poesía nos ha hecho valiosísimas y perdurables confidencias. Largos han sido nuestros diálogos en noches de vigilia, largos y gratos nuestros coloquios a pesar de nuestra separación temporal. Al enseñarnos ha depositado en nosotros lo mejor de su corazón. Continuaríamos en comunión con el poeta; pero se va el vate con sus sueños de amor, se va el vate clásico; va a defender intereses públicos. El orador nos llama, se acerca con la toga de polemista.

Listos a su enseñanza, con la mente llena de curiosidades nuevas, tome posesión de la cátedra, Miguel Antonio Caro, el orador.

EL ORADOR

I

La cualidad máxima del orador es la sinceridad. Armado de dotes oratorias, abundoso léxico, adjetivación melodiosa, pero carente de expresión sincera, el orador se desliza a la mediocridad. Entendemos por sinceridad la ecuación pensamiento-palabra. La sincronización de los labios con los latidos del corazón cuando vierten en palabras transparentes el molde emocional.

Cae en lamentable pedantería el orador que disfraza sus intenciones, que oculta su personalidad; deja de ser mentor para tornarse en hazmereír confeso del delito de engaño.

Cobra importancia esta cualidad en la oratoria moderna.

En tiempos anteriores las masas ignaras eran fácil presa de los charlatanes. Retóricos trasnochados preconizaban a los noveles oradores halagar las pasiones o los perjuicios del público; los tabús populares de honda raigambre en la conciencia: si queréis aplausos, no los violentéis, decían.

¡Qué formidable variación de los tiempos! Los públicos actuales, de una cultura superior, prestos a la crítica, no ceden sin combate; son verdaderos *cuerpo a cuerpo* en que el único escudo es la lealtad del creador consigo mismo y con su público.

Y el escudo de ese gladiador de la palabra que fue Miguel Antonio Caro, era invulnerable, fundido en la lealtad consigo mismo y con su público.

II

Antes de penetrar en la oratoria política del señor Caro veamos los distintos géneros de oratoria parlamentaria. En sus rasgos generales sigamos a Gustavo Le Bon en *Psicología de las multitudes,* capítulo *Asambleas parlamentarias.* Las Asambleas parlamentarias, llámense Cámara o Senado, son cuerpos colegiados que necesitan dirección.

El orador parlamentario impresiona más por su prestigio que por su razonamiento, y muchas veces no comprendemos cómo realiza labor aquel hombre de imágenes vacías. Quisiéramos detenerlo en su incoherencia verbal para que nos dijera cuál es la substancia de tántas afirmaciones rotundas.

Ello no afecta a esta multitud heterogénea hechizada por el prestigio de un jefe en todo aquello que no toque a la conveniencia electoral de cada uno.

"El director, dice el autor mencionado, puede ser inteligente e instruído; pero esto más bien le perjudica que le favorece. La inteligencia es indulgente cuando evoca la complejidad de las cosas y pueda explicarlas y comprenderlas; pero esto quita fuerzas a la intensidad y violencia que necesita el apóstol".

En medio de esta multitud, inconsciente como toda multitud, hay, para bién de los parlamentos del mundo, verdaderos conductores vigorosos y fuertes; hombres sustantivos, preparados en el gabinete de estudio. Los caudillos encarnan la fuerza pasional de los partidos; aquellos otros ponderados se imponen por su talento y representan el verdadero valor de los parlamentos.

Miguel Antonio Caro fue uno de éstos. En el seno de las corporaciones en que actuó, la balanza de las encontradas opiniones se inclinó al peso de sus razones y discursos, con firmeza, con lógica, apoyado en argumentos macizos.

En momentos de agitación los parlamentarios desorientados reposan en una autoridad moral e intelectual; quien la encarna será el jefe político. Alcanzó tal título el señor Caro en momentos de desorientación política.

El éxito supremo del señor Caro como conductor se debe a la confianza que el Congreso le otorgara, confianza respaldada por la lucidez de su talento, nunca por la astucia o viveza que en términos seudo-elevados llaman *habilidad parlamentaria.*

Conviene a nuestro estudio un paréntesis que vale para toda la exposición. No entramos al recinto de este espíritu con ideas preconcebidas; tampoco vamos a entablar polémicas. Lejos de nosotros y del objeto propuesto someter a juicios personales su vida pública. Como ante el poeta o el filólogo, vamos a conocer, en lo posible, a un hombre; a comprenderlo humanamente. A otros quede el ataque, a otros la apasionada defensa. Nosotros nos contentamos con preguntar: ¿por qué? ¿cómo? ¿para qué?

¿Cuál es su *valor humano* en los distintos campos? Acertados o nó, subrayamos el mérito de imparcialidad como amigos honrados, según quería el propio señor Caro.

¿Fue un orador? Si por orador se entiende la loca embriaguez de la palabra que arrebata las multitudes en un entusiasmo frenético; si por orador se entiende al psicólogo que ausculta y obedece al auditorio; si por orador se entiende al de imágenes brillantes, de verbo elocuente, hemos de convenir que Miguel Antonio Caro no fue un orador. En él, en su íntima conformación filosófica, en esa mente universalista, no cabe—y sería una irrisión el pensarlo—el que pudiera dejarse llevar en alas de su propia voz a las mayores cumbres. Miguel Antonio Caro, orador, Miguel Antonio Caro, poeta, poseía un fondo de serenidad augusta mezclada al estoicismo de un varón virtuoso: la lógica, la razón, la templanza dominan en este orador.

Lo evocamos aún ante el Consejo de Delegatarios o ante el Senado de la República, la cabeza inclinada, corta la vista tras los grandes lentes, majestuosa la acción, paseándose solemne en la longitud de la sala; concentrado en sí mismo, leía las páginas inscritas en su mente con todo el orden de su lógica. A veces tomaba su pañuelo de colores; usaba siempre el rapé.

¡Ah! Si esa majestad era atacada, si su razonamiento entorpecido por el osado contendor, deteníase el varón sereno, esforzaba su vista queriendo herir; luégo, al continuar su paseo, lanzaba la saeta sangrienta, demoledora. Un genio satírico despertaba la mordacidad del león herido, tanto mayor cuanto más tranquila era en tiempo de calma su exposición.

La lucha poderosa contra el demonio interno, el vencimiento diario, desarrolló en Caro el espíritu de combate, el cual se fue acrisolando en el tiempo con la lucha entablada entre su sentimiento, su instinto, y los dictámenes de la lógica y de la razón. Surgió de esa batalla la apacible majestad de su espíritu, la firmeza en la convicción y por tanto el arma afilada para defender esos intereses suyos, creados con la fuerza de una voluntad íntegra, con el empeño enérgico de adquirir bases firmes para desechar las dudas. Como el dragón del cuento feérico, se lanzaba sobre el enemigo para defender aquel tesoro.

Su arma irónica destruía y creaba: valiéndose de ella depuró el lenguaje en las lides parlamentarias y obligó al Congreso a procurar la corrección del idioma. El escritor clásico abrió como orador la cátedra de castellano. ¡Bien sabía el contrincante cuánto había de costarle un pecado contra la lengua de Castilla!

Díganlo aquellos que por combatirlo se aquilataron en el estudio de ciencias que otrora les hubieran dejado desapercibidos.

Como hombre público él cree llevar en sí una misión que cumplir. Así nos lo dice en uno de sus más bellos sonetos:

Si no vencer sino luchar me obliga
por la fe y el honor, si hay un Dios bueno
que enmender sabe el éxito terreno,
cuándo, supremo juez, premia y castiga.

¡Adelante! No temo la enemiga
saña, aleve puñal, sutil veneno;
con pecho firme y ánimo sereno
dispuesto estoy a la mortal fatiga.

Sólo el contagio de pasiones temo;
temo la justa indignación que inspira
de pérfido enemigo la asechanza.

¡Oh Dios! A los asaltos de la ira
ciérra mi corazón, y en lance extremo
prefiera yo el martirio a la venganza.

Hé ahí la oración del hombre público. Hé ahí también su guía de conducta como orador político. Libró su batalla principal al emprender la obra de la Constitución de 1886 y posteriormente en el Senado de la República por allá en 1903 y 1904, con motivo del Tratado con Panamá. El orador político tan sólo nos ha mostrado su faz en la época primera y en su discurso de posesión en 1892. Los últimos discursos no fueron, por desgracia, reconstruídos.

¿Qué nota nueva en el estudio de su personalidad nos trae el orador? Su manera de captar el momento presente. "Sin nosotros y a pesar de nosotros, siempre el país se hubiera dado las instituciones que necesita; porque las evoluciones políticas tienen su lógica y un fin que forzosamente ha de cumplirse" (junio 1º de 1886. Discurso sobre ciudadanía). Su verbo, pues, su personalidad de humanista, no era en la vida de la República el símbolo de una transformación; creía ser un eslabón en la cadena del destino nacional. Su cardinal preocupación en las luchas políticas, demostrada en el Parlamento y fuéra de él, era su concepto de autoridad.

Quitándole al vocablo su significado odioso, tenemos que convenir que don Miguel era autoritario en cuanto pugnaba por que la autoridad encarnada en los mandatarios fuera efectiva, aun con quebranto del derecho individual. ¡Autoridad! ¡Individualidad! ¿Cuándo podrá hallarse la fórmula equidistante?

¿Cómo concebía este humanista y poeta al público que lo escuchaba? ¿Dialogaría con él? No lo creemos. No buscaba aplausos; tampoco solicitaba aprobación. Con su capacidad razonadora exponía. Un mundo de conocimiento venía en su ayuda. Un mundo de experiencia en el estudio. Como orador, trataba de concretarse; trataba de inquirir los hechos en su detalle y sólo lograba la síntesis abstracta. Su campo era el de las ideas, y por ellas y en ellas ambulaba al compás de sus pasos solemnes. Aquel hombre de pensamiento latino, romano, para mejor decir, buscaba la unidad, la unidad lógica y la expresión más acertada a ella.

Hablaba sobre tesis y sus discursos mismos eran tesis; más que un político semejaba un magistrado de la antigua Roma. Concebía el tema directamente; lo observaba en su pro y su contra, sin apartarse de él. Buscaba lo duradero, lo estable, con visión de estadista. El orador, como el político, como el crítico, jamás se inclinó ante opiniones ajenas; todo lo sometía al tamiz de su inteligencia.

Su obra, la obra del expositor y del jurista, la obra duradera en artículos que aún están hablándonos de su mentalidad, es la Constitución que hoy nos rige y que, a pesar de los cambios necesarios a las distintas épocas, perdura aún.

"¡Oh nó! No debemos avergonzarnos de aspirar, como pueblo cristiano e intelectual, a la serenidad de los debates, al imperio de la razón y más bien del placer que despiertan, como otros espectáculos que halagan las pasiones, el de acaloradas disputas, diatribas y recriminaciones, fácil preludio de tragedias".

Si estuviese presente y hablar pudiera, Caro nos diría que a pesar de su lógica y de su auto-control atacó muchas veces, con recriminaciones, con látigo mordaz.

Nos diría que la oratoria política es así, que el más robusto entendimiento y la más templada voluntad, cuando a ella se acercan, son atraídos por la pasión como por mágico imán.

Miguel Antonio Caro muestra especialmente su valentía como orador; ni las luchas, ni la riqueza, ni los honores le hicie-

ron retroceder; firme y severo nos parece verlo avanzar por entre las flechas enemigas, que no pudieron menos de caer sobre su pecho llenas de respeto. Su retrato en esta faz suya lo diseñó el poeta:

Yo, muda estatua, pero estatua viva,
todo el rigor de la intemperie siento;
me azota el vendaval, no me derriba.

Hemos recogido algunas de sus frases en la oratoria parlamentaria como más características:

"La mano del político, como la del médico, no ha de temblar cuando coge el escalpelo, ni ha de soltarlo hasta consumar la disección" (27 de mayo de 1886. Sobre la inmunidad del Presidente).

"Los incidentes de este debate no importan nada; están subordinados al interés de que esta Constitución corresponde a las necesidades del país y su título honrosísimo para la gran comunidad nacionalista. Aquí las personalidades desaparecen y no somos más que circunstancias" (junio, 1886. Discursos sobre ciudadanía).

"Sí, conservar lo que ya está fundado, desenvolviendo las instituciones con firmeza y sin rigor, según la expresión de mi amigo el señor Pérez; atraer, no repeler; unir, no dividir; no perturbar ni tolerar la perturbación", era su ideal político.

"Reinar es velar", dice con Quevedo.

"Los que cohiben la acción preventiva de gobiernos regulares y legítimos son los autores responsables de las dictaduras militares".

Firmeza para alcanzar el fin, nunca rigor; unión, prevención, antes que castigo; así Miguel Antonio Caro en la tribuna desarrolló su plan, juzgándose una circunstancia en la vida de su país.

Distanciados en ocasiones, guardamos admiración profunda por este varón íntegro que sirvió con desinterés y en forma no sólo eficaz sino educadora y fecunda a su patria, y cuyo solo título de gloria pudiera ser la pulcritud de su proceder y su virtud privada intachable.

MIGUEL ANTONIO CARO, FILOLOGO

Una nota característica de la personalidad del señor Caro es su tradicionalismo. Gusta de leyes, en cuanto son o deben ser la razón escrita. Se rebela contra las explicaciones empíricas; la antigüedad de la ley gana su adhesión. Su tradicionalismo nace de su temperamento, que sólo acepta lo permanente y halla, en las formas del pasado que se prolongan hasta el presente, la significación de lo eterno. Busca las fuentes de su expresión en el Lacio y en España. Amaba el idioma castellano y la razón de él. Acaso sin saberlo personifica el estudio de la lengua, el anhelo subconsciente de los pueblos americanos de conservar la unidad imperial por una misma manera de expresión.

Se estudia aún el delicado campo de las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje.

Pensamiento y lenguaje se desarrollan paralelamente; aparecen tres problemas fundamentales en las relaciones de uno y otro. "¿Qué debe el lenguaje al pensamiento? ¿Qué debe el pensamiento al lenguaje? ¿Qué hace perder el lenguaje al pensamiento?"

El lenguaje es una concreción del pensamiento; concreta en sonidos conscientes las abstracciones y facilita así las más altas elocuciones intelectuales. El lenguaje *une* y *diversifica* el pensamiento. Bajo una misma lengua los hombres se hermanan, pero al propio tiempo cada uno crea un lenguaje especial, y así, podemos decir que hay tantos idiomas como hombres.

"El pensamiento sin el lenguaje es una nebulosa" (Delacroix), es la sustancia sin la forma, es "la condenación o su muerte".

Ahora bien: la expresión verbal es mensajera de abstracciones y sentimientos; pero quien no conozca el íntimo valor de la palabra puede abusar de ella y hacerla degenerar en *charlatanería*. "C'est... l'ennui perpétuel de la societé que ce tournoi avec des verbosités impetueuses et intarissables qui ont l'air de savoir les choses parce qu'elles en parlent, l'air de croire, de

penser, d'aimer de chercher, tandis que tout cela n'est qu'apparence et babil. Le pis est que, l'amour propre etant derriére ce babil, ces ignorances d'ordinaire son féroces d'affirmation; les caquetages se prennent pour des opinions. Les préjugés se posent comme des principes. Les perroquets se tiennent pour des étres pensants, les imitations se donnent pour des originaux; et la politesse exige qu'on entre dans cette convention. C'est fastidieux.

"Le language est le vehicule de cette confusion, l'instrument de cette fraude inconsciente, et ces-maux son prodigeusenment augmentés par l'instruction universelle, par la presse periodique et tous les procédés de vulgarisation actuellement répandus. Chacun revue des liases de papier-monnaie; peu ont palpé l'or. On vit pur les signes et méme sur les signes des signes, et l'on n'a jamais tenu, vérifié les choses. On juge de tout et l'on ne sait rien!" (Amiel-Journel intime).

Cuán lejos de este panorama de vacuidad, de olvido, del apego a los signos verbales está Miguel Antonio Caro. El campo filológico le atraía como medio de adquirir precisión en la palabra, de conocer la raíz y la razón del pensamiento en los moldes fonéticos. El lenguaje de Miguel Antonio Caro realiza ideas. La filología tenía, pues, a su juicio, el sentido profundo de la historia del pensamiento humano.

Para el señor Caro el lenguaje era un servidor del pensamiento, un servidor de tan alta alcurnia que su descuido o su ignorancia merecíanle severas e implacables críticas. Quien no conoce la lengua, no conoce el pensamiento, era su axioma.

Miguel Antonio Caro y Rufino J. Cuervo en su tiempo fueron la conciencia glótica hispana opuesta a la deformación del idioma colonial. Dieron el *¡alto quien vive!* al provincialismo que limita, al barbarismo que entorpece, al giro que atropella las leyes del idioma. Demostraron que el castellano, sin apelar a materiales extranjeros, es cantera inagotable para la formación de nuevas voces.

Con una admirable visión Caro quería conservar, arraigar la lengua materna en América. Tan hondo fue su esfuerzo, tan tenaz su investigación, que, podemos decirlo, Caro sentó una doctrina que hoy es clásica. La gramática latina de Caro y Cuervo es el más difundido libro en cuanto al latín se refiere; su estudio sobre el "uso en sus relaciones con el lenguaje" es completo discurso académico; su artículo titulado *Gramática Parda* es un admirable trozo de "biología idiomática", según el doctor Tomás O. Eastman; su *Tratado del Participio* es clásico; sus investigaciones fonéticas sobre el idioma castellano podemos decir que fueron las primeras. No existían entonces ni don Ramón Menéndez Pidal, ni investigadores del relieve de don Urbano González de la Calle, ni fonetistas como Tomás Navarro.

Otro distintivo que contribuye a su devoción por la filología es su aristocracia espiritual. El humanista menosprecia al vulgo en anhelos de superación. Es Caro un espíritu noble, refinado que busca el oro viejo de los vocablos. Bien podemos decir que a pesar de la tolerancia del neologismo, en uso consagrado, su interés cardinal era la conversación filológica con Cervantes, fray Luis, San Juan de la Cruz. Elaborar, pesar, razonar antes de expresarse, era su punto de vista y la frescura natural del folklore podemos decir que no le interesaba o le atraía muy poco. Eastman, célebre prologuista de la obra de Caro, distingue al lingüista del filólogo: el primero estudia la evolución del idioma y se considera al margen del problema para *constatar hechos* y anotar el fluír o refluír idiomático; el filólogo, esto es, el amante de la lengua, interviene directamente en ella para corregir, mejorar, afianzar, escoger las voces que correspondan más al genio de la lengua y que se alleguen a su fuente y raíz. Por eso el señor Caro fue un filólogo.

"Tenemos una lengua tan hermosa, tan rica, tan fértil, que para todo sirve y a nadie jamás viene estrecha, tan sólo al que no ha estudiado sus inagotables recursos; y cogemos las flores y los frutos sin acordarnos de que la fuerza y la savia de su organismo es la vida y la sangre de escritores ilustres, de los clásicos españoles; que lo mejor de su propio sér que ellos en ella pusieron, recibiólo y asimilóselo la lengua, y ahora como de sí misma nacido lo presenta bajo el nombre vago de uso que sirve, como el de casualidad, a encubrir y postergar el mérito personal del genio creador".

Parécenos que aquí cabe su doctrina filológica. No aceptaba, no podía aceptar la creación colectiva sino la individual, que da en la ciencia como en el arte la pincelada genial. Tras lo que se apellida *uso* o *casualidad,* como muy bien lo dice, está la marca clara, definida, precisa de un autor que dio a las voces su propio sello.

Consecuente con su doctrina de conservación y al propio tiempo del escritor como artífice del idioma, consideraba factor importantísimo el estudio de los clásicos... ora se considere la

lengua en cuanto está fijada, ora en lo que tiene de progresivo, ya se consulte su pureza, ya su adelantamiento, hemos de cultivarla apacentándonos en los grandes modelos; ya que éstos han de ser, como dijo Moratín el viejo, "griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles". Porque, principiando por lo helénico, *A Jove principium,* como tipo excepcional y perfecto de belleza, éste es, por lo demás, el orden que pide la índole de nuestra literatura; y es ley de toda cosa que no puede rejuvenecerse ni progresar sino conformándose con las tradiciones de su historia, con las condiciones inherentes a su carácter, con las necesidades de su naturaleza".

La conclusión de Moratín, en lo referente al italiano como única lengua romana que deba ser estudiada para la comprensión del idioma, no es justa, pues todas las lenguas neolatinas deben ser conocidas.

Sobresale la agudeza científica de Caro en sus estudios filológicos, porque se pueden apreciar mejor sus dotes objetivas. Toma el idioma como un "pedazo de naturaleza", según su propia expresión. Su poder de análisis entra a desmenuzar, podemos decir, la expresión, a tomar el sentido etimológico, a observar su curso en el idioma, a anotar la sintaxis, el régimen y la construcción; a penetrar el genio característico de cada fonema. En seguida sienta la síntesis doctrinal. Luégo de asimilarse al idioma, le pone a su servicio; luégo de conocerlo, le da gusto y color propio; lo mejora, depura y esclaviza.

Ponía a su servicio cada uno de sus conocimientos.

Caro, como el señor Cuervo, se dio cuenta de que el castellano en América sufriría transformaciones; pero quería, con sobra de razón, una marcha lógica. Sobre todo que se conservara *uno* en América, que se pusieran vallas a una posible división idiomática, equivalente a una división ideológica. Por ello propendía a la fundación de academias dependientes de la española, que lograran el desarrollo del castellano en una forma paulatina y unánime.

El esfuerzo no fue estéril. En Colombia con orgullo podemos decir que nuestro idioma conserva su pureza y su diafanidad. Lleva nuestro castellano, y es natural, notas afectivas peculiares, pero el lenguaje lógico se conserva, el fondo continúa. Aquí parécenos necesario hacer una diferencia entre lenguaje afectivo y lenguaje lógico y abrir un paréntesis a la digresión.

Distínguense dos clases de lenguajes: el lenguaje afectivo y el lenguaje lógico. Por medio del lenguaje afectivo manifestamos nuestros deseos, nuestros sentimientos; en una palabra, nuestros afectos. Lo primero que se despierta en el alma del hombre son las pasiones; el niño necesita manifestar a sus semejantes los primeros deseos: ríe cuando ha conseguido lo que buscaba, en tanto que llora cuando tiene sensación de hambre, de frío o contrariedad. Hé ahí el lenguaje afectivo en su primera manifestación.

Conocido un poco más el mundo, se expresa el sentir por la mirada, el gesto y la acción. Viene, por último, la palabra a ayudar a la mímica; cuando la persona no tiene un léxico abundante, trata de hacerse comprender por medio de las manos, los ojos, tornando a la segunda manifestación del lenguaje afectivo.

La palabra es el instrumento principal que tiene el sentimiento para poner en comunicación unos seres con otros; para expresar mejor el pensamiento ayúdase por la acción, la entonación y la intensidad con que se acompañe un vocablo. Un actor dramático es más aplaudido cuanto mayor sea la expresión que sepa dar a cada período, cuanto más haga sentir en el público el sentimiento del personaje. Porque las palabras valen cuanto quiera el hombre.

Sucede a menudo que la conferencia de un sabio no llama la atención; en tanto que si la dicta quien sepa darle toda la viveza que requiere, despierta indescriptible entusiasmo. Una sola palabra puede indicarnos un estado del alma. Muere un soldado en el campo de batalla; su madre, al recibir la desgraciada nueva, dice: ¡Bendito sea Dios! ¡Cuán grande valor muestra aquella anciana y cuánta resignación; cuánto amor a su Dios y a su patria; cuánta energía para llevar la carga del vivir sola y triste!... Una sola frase nos ha puesto en conocimiento de su espíritu: ¡Bendito sea Dios!

Hay palabras que culminan una acción y producen indescriptible afecto; esa es la especialidad de Shakespeare: halla el vocablo preciso para sublimar la escena. Cuando Otelo se acerca al lecho nupcial, decidido a dar cruel y violenta muerte a su esposa, exclama: "¿Has orado esta noche, Desdémona?" Imposible otra frase de mayor belleza y que mejor nos haga conocer el amor inmenso que se alberga en el moro impulsivo y ardiente.

El lenguaje afectivo no hace ninguna distinción en las partes de la oración: lo mismo valen las palabras *silencio, cállate* y

chist, porque indican igual deseo. Este lenguaje del sentimiento se sirve de los tiempos del verbo. El pasado es un tiempo histórico que relata acontecimientos pretéritos, civilizaciones muertas, generaciones extinguidas, hechos acaecidos mil años atrás, y por tanto leemos, sin estremecernos, cruelísimas guerras y sangrientas luchas.

El futuro es también un tiempo afectivo; el tiempo del evento, del porvenir, con todas las inquietantes conjeturas que forman los hombres, con el interés que despierta la pregunta: ¿qué sucederá? De él se valen los poetas para sus mejores composiciones; de él los soñadores para imaginar mejores épocas. Un ejemplo es la frase de Otelo en el citado drama: "Te mataré, pero te amaré muerta".

Mas hay necesidad de orden, de reglas que enseñen el modo de colocarse las palabras y su correspondiente valor. Aparece entonces el lenguaje lógico o gramatical que diferencia los vocablos y nos enseña qué papel desempeñan en la oración; busca para cada idea un término preciso. Si en el lenguaje afectivo nos parecen iguales las palabras *silencio, cállate* y *chist,* el lenguaje lógico los diferencia; *silencio* es un sustantivo; *cállate,* un verbo, y *chist,* una interjección. El lenguaje gramatical estudia la ortografía, la analogía, la sintaxis y la ortología; es duro, rígido y austero. Pero viene el afectivo y lo modifica; así, el literato se basa en las reglas de la gramática, pero le está permitido emplear ciertas figuras que tuvieron origen en el sentimiento.

El lenguaje de las palabras no puede ser exclusivamente afectivo ni exclusivamente lógico. Sin embargo, en el hablado predomina aquél, y éste en el escrito. La conversación tiene el enorme atractivo de la espontaneidad y de la variedad; pasamos de un tema a otro, de los negocios a la moda, de las ciencias a las artes, con naturalidad encantadora y por asociación de ideas: allí no hay unidad de ninguna clase.

La oratoria es también afectiva, pero en menor grado que la conversación. Debe conservar la unidad y debe tener cierta preparación anticipada, por lo cual se relaciona con el lenguaje gramatical. Mas en el orador no vale propiamente el estilo literario: lo que cautiva es el interés que sepa despertar en los oyentes por medio de su voz hermosa, de la entonación y la acción elegante. Da libertad a su espíritu y la palabra fluye bella y majestuosa. Los cultivadores de la oratoria, exceptuando a Cicerón y a Bossuet, no han sido grandes escritores: realizan la belleza, no en la forma, sino en la idea y la expresión.

El drama es afectivo en cuanto manifiesta un carácter, un estado de alma, una pasión; pero lo es en menor escala porque debe cutlivar el estilo y hacer hablar a los personajes un lenguaje más elevado que el común.

El escritor es ante todo cultivador de la palabra; los escritores esencialmente gramaticales fueron los sofistas, pues daban al instrumento material más importancia que al espíritu. Un escritor busca la precisión y tiene concienzuda preparación; la belleza del estilo es su fin inmediato, pero es ayudado por el sentimiento y la imaginación.

El lenguaje afectivo ha influído en el articulado de cuatro maneras:

1ª Por el *acento.* Una metáfora dice que el acento es el alma de la palabra. La mayor parte de los vocablos son suaves, rudos, ligeros, profundos, melancólicos, según la sílaba donde se acentúen. Los esdrújulos por lo regular son duros; los agudos, sonoros: hé ahí la hermosura de la lengua francesa.

2ª Por la *cadencia.* Está constituída por la colocación de las palabras, su acentuación y el número de sílabas. La palabra rimada está de acuerdo con algo que en nuestro interior vibra. Veamos la diferencia entre una décima de Darío puesta en prosa, con la décima misma: la fantasía del Oriente se ha complacido en dar vida y color a todas las escenas, relatando con sin igual belleza cuentos hermosos; el caballero defiende a la dama, los soldados luchan en el campo de batalla; en fin, doquiera surgen fantásticas visiones de bosques y castillos, de reyes y esclavos. Dice el poeta:

Cuentos dulces, cuentos bravos,
de amadores y guerreros,
de damas y caballeros
de señoras y de esclavos,
de bosques escandinavos
y alcázares de cristal;
cuentos de dicha inmortal,
divinos cuentos de amores
que reviste de colores
la fantasía oriental.

Algún escritor ha dicho que "hay palabras y expresiones de tan poderosa virtud evocadora que despiertan en la fantasía enjambres de aladas imágenes, transportándonos a un mundo de maravillas".

3ª Por la *puntuación*. Se afirma que el ritmo cardíaco rige la puntuación; tanto es así que a pesar de las reglas dadas para el uso de los signos, cada persona tiene su modo peculiar de puntuar la frase.

4ª Por la *reduplicación*. Para ponderar la virtud de una sombra debería decirse *larguísima*. Sin embargo, evoca el poeta un sentimiento melancólico y sublime cuando dice: "érase una sombra larga, érase una sola sombra larga...", reduplicando la frase.

5ª Por la *trasposición*. Recordamos aquí la conocidísima *Perrilla* de Marroquín:

No era una perra sarnosa,
era una sarna perrosa
en figura de animal.

El lenguaje lógico sin el afectivo pudiera reducirse a una serie de fórmulas algebraicas; pero la imaginación y el sentimiento de los hombres hace que tenga colorido y belleza y se modifique según el espíritu; porque la significación de las palabras y la expresión varían según el estado de nuestra alma.

El lenguaje lógico es la verdad de la lengua, el afectivo, la belleza. Uno y otro se complementan y forman el hermoso edificio de la literatura en todos los países.

El lenguaje afectivo de fisonomía da relieve a la lengua, le da la nota peculiar y propia. Cuando por una u otra causa el afectivo toma posesión exclusiva de la expresión, lleva el destino indefectible de la separación, de la desunión. Porque el lenguaje lógico une y el afectivo separa: la razón iguala y el sentimiento individualiza.

El lenguaje afectivo es el escape del sentimiento que no razona pero que sabe de la intuición y del acierto.

Quedó atrás la estructura lógica del latín cuando por la invasión de los bárbaros olvidóse la síntesis admirable de la lengua. Entonces se apoderó del Lacio el afecto, la nota individual que trataba de simplificar el idioma; con el sentimiento verbal vino la división y formación de *individuos lingüísticos* que corresponden a las lenguas romances.

El poeta en prosa o en verso es el arquitecto de tan maravillosa edificación; es el encargado de trazar los planos y llevar la obra a la cumbre de la perfección. Pero como no nos podemos dejar guiar únicamente por la imaginación y el sentimiento, así también el arquitecto debe levantar el edificio basándose en los sólidos cimientos de la lógica, a fin de que no caiga poco después por tierra.

Lo importante en realidad para el momento en América es la difusión del lenguaje *lógico*, el cual, una vez conocido, bien puede recibir toda la belleza del sentimiento propio.

Refiriéndonos ya al lenguaje del señor Caro hemos de decir que guardaba una profunda lógica. Su estilo es macizo, de meollo, profundo; la voluntad del señor Caro, que venció la violencia de este temperamento apasionado, puso en sus manos una pluma que hablaba a la razón. Y así como sus sentimientos juveniles jamás llegaron a mostrarse táles, debido a su madurez, ellos no desaparecieron, sino, por el contrario, van lentamente transparentándose en su estilo sin llegar a dominar. Une a la fuerza de su lenguaje lógico el encanto del sentimiento que no hace explosión pero que le da frescura juvenil a pesar de su edad. Y en sus estudios filológicos, en su estilo, en general, lo que el sentimiento pierde en intensidad gana en extensión. Un brote afectivo muy especial en Caro es su ironía demoledora, ironía que para manifestarse necesita también de un gran ingenio. "¡Ay de los filósofos que no disipan sus arrugas con la risa!" (Voltaire).

"A éstas (leyes naturales), decía Caro, obedeció el lenguaje en períodos anteclásicos. Con ellos concurre a los siglos clásicos otro elemento dominador del uso, otro factor de más alta alcurnia que la espontaneidad instintiva, a saber: la libertad racional de los ingenios superiores que con esfuerzo generoso ilustran y ensanchan los términos de la lengua patria".

La gramática como reunión de fórmulas muertas no tenía sentido para él. Ella debía tomarse sobre las fuentes vivas explicadas por las leyes inmutables. De ahí su *Tratado del Participio,* de ahí sus notas a la *gramática* de Bello, de ahí su *Gramática latina,* hecha en colaboración con Cuervo.

Su criterio en esta materia, como en todas, era independien-

te: no vacilaba en criticar expresiones de los clásicos: "Ni Bello ni la Real Academia saben por dónde van tablas".

"La lengua literaria, aunque empleada por escritores clásicos, es superior a ellos, y en ellos podemos notar defectos sin faltar al respeto que les debemos".

Caro, el filólogo, es con Rufino José Cuervo una autoridad en materias del idioma, y hasta ahora ninguno les ha igualado ni ha podido arrebatarles la palma en América.

CARO, CRITICO

La crítica es el crisol donde la belleza artística se torna verdad. Como disciplina literaria posee un gran valor actual. Es al propio tiempo un juez imparcial, un tribunal que orienta y guía y un foco de luz que, proyectado sobre la obra artística, ilumina y destaca sus más admirables rasgos.

La última instancia de la crítica es la razón aplicada: si al Derecho, la razón del Derecho; si a la Historia, la razón de la Historia. Los caminos de la crítica son los mismos del pensamiento; toma la obra, la divide en partículas, cada una de las cuales es comparada y medida; luégo de las conclusiones a que cada división corresponde, une las partes y contempla el todo, el cual a su vez compara y pesa para alcanzar una única conclusión. Procede por análisis y sintetiza; escudriña el principio, el medio y el fin de la obra; se mueve en torno a las ideas de *causa, relación recíproca,* unidad. La crítica literaria coloca a una mentalidad creadora frente a una mentalidad razonadora. Lo que el artista intuye, el crítico lo ve, lo hace consciente; el puente de unión entre esas dos mentalidades es la *obra* creada por el uno, comprendida por el otro.

El hombre en relación con el medio, la obra y el medio; la vida del hombre en relación con la vida de la obra; la realización humana de la obra y su valor exacto al medirse con otras producciones de una misma tendencia. La crítica, basándose en conclusiones positivas, interpreta; ha de ser imparcial, desprevenida.

Es la disciplina literaria más difícil de todos los tiempos. Requiere un espíritu humanista de vasto panorama intelectual; rechaza la especialización; pretende estudiar al hombre y su obra, y si ésta, si aquél son susceptibles de conocimiento parcial, sólo en consideración a la época, al temperamento, a las ideas del medio, la crítica acertará.

Ha de situarse en el fiel de la balanza: ni sutilizar hasta perder la unidad, ni callar hasta aparecer carente de ingenio. El crí-

tico es un artista pasivo, *campana de cristal* como el artista; es nuestro intérprete de claridad y sombra. "La crítica verdadera, dice Caro, es luz y no eclipse. Ella es incorpórea; ilumina los objetos para agudizar la visión del espectador, no para entorpecerla, y hace los objetos visibles y hermosos sin alterarlos. El crítico y el historiador han de mostrarse por los efectos mágicos que producen, no por la varia ostentación de su impertinente personalidad; por eso el crítico, como el historiador, sin dejar de ser exacto y científico, ha de tener un poco de poeta o artista, así como la luz embellece las cosas sin perjuicio de una absoluta fidelidad".

La crítica, pues, es el vértice al cual afluyen los conocimientos en total. Es ciencia en cuanto busca la verdad, es arte en cuanto descubre vida y armonía.

"Caro, dice el doctor Gómez Restrepo, puede considerarse como el iniciador de la crítica literaria en Colombia: su perspicaz talento analítico lo llevaba espontáneamente al cultivo de un género que adquirió durante la centuria pasada un admirable desarrollo, enlazándose con la historia, la filosofía y las ciencias naturales. Si estudiamos la producción literaria en Colombia durante la mitad del siglo último, pasamos, casi sin transición, de los artículos puramente encomiásticos, de los breves rasgos panegíricos, de las críticas gramaticales, a los estudios profundos y filosóficos de Caro".

La crítica era para Caro el lugar de unión de sus disciplinas humanistas; un acicate para la investigación; un vasto campo para su temperamento combativo; la mayor actividad literaria para expresar su pensamiento imperial. Es la crítica el resumen de sus conocimientos.

La mayor parte de su obra cabe en el campo de la crítica; aun en algunas poesías asoma el crítico.

Verdadera devoción le merecen los autores clásicos del Lacio y de Castilla. Entre los autores extraños le merecieron especial interés Byron y Sully Prudhomme; dejó un estudio para una traducción de aquél y la versión castellana de las obras del poeta de *Vaso roto*.

Muy español y nada indígena, se decía Caro. La gloria de España ha de continuar en América. La conquista fue un derecho legal que derramó bendiciones en el Nuevo Mundo. Protesta contra Las Casas y su anhelo emancipador del indio; protesta —como Bolívar protestara— de que la independencia de América lo hubiera sido también del indio. El aborigen no figura en su visión crítica; empero, las glorias de España en América, la historia de España en América, la literatura castellana en América, forman su inconmovible centro de interés.

Aún lamentamos el que no hubieran quedado mayores muestras de su conocimiento de las naciones suramericanas.

Escritores consagrados merecían su análisis a fin de observarlos en una perspectiva.

No llegó a poseer, es verdad, la imparcialidad de Goethe. El ambiente de odio político dejó sus huellas en el espíritu de Caro. ¿Vería, quizá inconscientemente, en quienes no siguieron su dogma, una especie de adversarios políticos? Porque en aquella época *liberal* y *conservador* estaban distanciados desde la religión hasta la ortografía; las asignaturas tenían sello político.

Su crítica firme y valerosa no elude responsabilidades. Por eso su estilo sincero, subyugador.

Desechaba la crítica que procura llegar hasta el hombre a través de la obra. Analizaba el medio y el hombre; luégo entraba en la obra; su camino iba de la causa al efecto, de acuerdo con su espíritu metafísico.

Para una mejor explicación de su método sigamos el orden establecido en su estudio sobre Juan de Castellanos: enumera las ediciones de las obras del cronista conquistador y los comentarios que ha merecido; entra luégo en la vida azarosa del cura de Tunja; completa en parte, en parte rectifica, los datos allegados por Vergara. Penetra en la obra. Señala en Castellanos un valor en cuanto a cronista de la época conquistadora, y si reconoce que no sobresalió en ninguna rama literaria, afirma que para todas poseía excelentes dotes. Anota la influencia de Ercilla y particularmente la de Oviedo. Compara el estilo de éste y el de Castellanos. Analiza las fuentes de investigación del autor de las *Elegías;* compara las dos distintas tendencias del Padre Las Casas y de Oviedo. Al censurar a Las Casas elogia la ecuanimidad de Castellanos cuando habla de los conquistadores. Se detiene en la influencia literaria extranjera que moldeó la propia. Nos da importantes datos sobre su biblioteca particular. Califica su obra americana por la esencia, pues fue en América donde se levantó Castellanos, donde estudió, referida en su totalidad a este continente. Observa la influencia de la literatura italiana en España; el uso en la Península de la octava real.

Elogia el método biográfico escogido por el autor; no lo analiza como poeta, pues sus versos sólo en parte lo son; lo recomienda a los jóvenes como una de las fuentes honradas para el estudio de la Historia Patria en particular y de la conquista en general.

Por este ejemplo vemos cómo agotaba Caro la materia a la luz de sus conocimientos.

La obra crítica fundamental son sus estudios sobre Virgilio. Conoció en intimidad al poeta mantuano. La traducción de *La Eneida* fue su lazo de unión. En ella se ocupó desde la juventud hasta la edad madura. Si la extensión del trabajo presente lo permitiera, nos detendríamos en la semejanza psicológica entre los dos vates, según la época de la versión de cada libro. Damos el orden en que fueron traducidos, según nota del señor Caro conservada por su hijo don Víctor:

Libro II, 1861-62.
Libro I, 1869.
Libro IV, 1870. Febrero-marzo.
Libro III, 1870. Abril-junio.
Libro V, 1870. Noviembre-diciembre.
Libro VI, 1871.
Libro VII, 1872.
Libro VIII, 1873. Los libros IX y XI no se mencionan.
Libro X, 1874, y
Libro XII, 1875.

La Eneida, Las Eglogas y *Las Geórgicas* fueron vertidas al castellano. Entre los autores clásicos, Virgilio cautivó al señor Caro hasta rendirle especial culto. Entra en los pormenores de su obra y la defiende contra toda censura. Parece sentir un personal ataque cuando se tacha a Virgilio en cualquier sentido.

Reivindica para el latino el título de creador; lo considera superior a Horacio en cuanto su inspiración es heroica y religiosa. Engrandece en este aspecto la figura de Eneas y hace resaltar en uno y otro aspecto el interés que la epopeya latina ha despertado.

En su estudio *Virgilio en relación con las bellas artes* estudia al poeta como esencialmente visual, sin dejar reconocer su armonía al través de las distintas obras que ha inspirado, ya en pintura, ya en escultura. En *Camila, la amazona virgiliana,* la leyenda idealiza esta creación, una de las más bellas y cautivadoras de la humanidad. Uno a uno, demuestra conocer a todos

los traductores de *La Eneida*. En tan vasto estudio queda Dido a la sombra; Dido, la verdadera intuición del poeta.

El estudio sobre el *Quijote* y su estudio sobre los sonetos y sonetistas, y su interés por Bello como poeta americano, su conocimiento con él; las biografías de Olmedo y José Eusebio Caro y Arboleda... y muchos más, nos están hablando del maestro de crítica en América.

Una de las notas más interesantes que como crítico muestra el señor Caro es su estudio sobre Horacio. Dos personalidades antagónicas; es quizá el único caso en que Caro muestra decidida admiración por un opuesto polo al suyo. Horacio, el epicúreo; Horacio, el hombre de la vida fácil, del decir elegante, aquel talento satírico y sutil que quería pasar su vida al pie del árbol y en medio al placer del vino; que no se adhería definitivamente a las cosas y a quien era indiferente desprenderse de todo, porque nada amaba con certeza.

Y Caro, Caro el batallador definido y sincero; Caro el hombre íntegro y virtuoso; Caro el escritor profundo, tan valeroso como sencillo y modesto; Caro el magister, tan orgulloso de sí mismo cuanto vanidoso el epicúreo; tan austero cuanto pagano fuera el vate de las sátiras...

¿Cómo llegaron a unirse estas dos mentes antagónicas?

En nuestra manera de pensar hallamos más cercano al vate de *De Natura Rerum* con el Caro de Santa Fe de Bogotá.

Observemos, empero, los puntos de unión entre Horacio y el hermano de Menéndez Pelayo:

En primer lugar, la manera de sentir la naturaleza, ya hemos tenido ocasión de advertirlo en otro lugar, es semejante en Caro y en Horacio. De ahí el que este aspecto interesara particularmente a nuestro crítico. Hace mención especial de la *Oda* II del libro de los *Epodos*, que es una de las más hermosas descripciones de la vida campestre; a la sátira VI del libro II, en que contrapone las comodidades de la ciudad a los "placeres inocentes de que gozaba en su vida de campo"; a la epístola X del libro I, en que da las razones de su amor a la vida rústica; a las epístolas XIV y XVI del libro I.

Traduce de ésta última la descripción de su finca rural, tan sentida por Caro frente a la naturaleza:

Una cadena figúrate de montes que interrumpe
valle profundo; la derecha siempre
el sol le dora con temprana lumbre

y la izquierda le baña en rayos tibios
cuando su carro en Occidente hunde.
El clima es de encantar y, pues, en grupos;
árboles imagína que se cubren
de cerezas retintas y ciruelas:
robles, carrascas que a distancias lucen
y a su dueño con sombra dilatada
y con sustento el granadillo acuden.

Entre uno y otro hay diferentes modos de sentir; en Horacio hay un placer voluptuoso, mientras en Caro más bien la paz y la tranquilidad campesina inspirada en la contemplación de la naturaleza.

"¿En qué tono tan sentido, dice Caro, con qué acento tan latino suspiraba Horacio, caviloso y melancólico en la corte de Augusto, por la vida del campo, deseoso de encerrarse en un castillejo rústico y no volver a contar las horas embebecido en la lectura de libros viejos: *O rus quando ego te aspiciam? ¿Quando que licebit nunc veteris libris, nunc somno et inertibus horis ducere solicitae iucunda oblivia vitae?*" (Lat. II, X, 60).

"El *summum* de la perfección artística en punto a lirismo en Horacio", dice Caro.

"Horacio, que como autor de sátiras y epístolas, es un romano que se codea con grandes y plebeyos en las calles, como poeta lírico es un sacerdote de las musas, a quien el cielo protege, que canta a las doncellas y a los niños, que despide al vulgo profano y se goza en tocar la flauta o en pulsar la lira, en opacas grutas en compañía de ninfas y sátiros". Bajo este aspecto de lejanía del vulgo, de protegido del cielo, de unión sacerdotal en el canto lírico, se asemejaban también Caro y Horacio.

La expresión de la filosofía en imágenes poéticas, individualizando la abstracción, era uno de los aspectos que más admiraba Caro y que él—fuerza es decirlo—no poseía sino en menor grado.

El espíritu sereno, elevado, el espíritu clásico, al cual basta una voz para expresar un mundo, en resumen, era el punto mayor de contacto entre uno y otro. Con la diferencia de que el uno, ante todo poeta, cultivaba la emoción del hombre elegante, mientras el otro iba tras la idea pero colmado—aceptemos así la paradoja—de sentimiento y de sentimiento religioso.

Aquí caben las palabras dichas por el señor Caro con motivo de la clausura de estudios del Colegio del Espíritu Santo en 1880; ellas encierran a la vez que la tendencia del señor Caro, el estilo del hombre como crítico. Podemos dirigirnos a él en sus mismas voces:

"No fuisteis enviado a conocer lugares ni monumentos, ni a mezclaros con las gentes; sino a visitar las regiones intelectuales, a estudiar palmo a palmo aquella inmensísima república literaria que describió ya Saavedra Fajardo, ciudad de capiteles de plata y oro que deslumbran la vista y se levantan a comunicarse con el cielo; la de altas murallas defendidas de cañones y ánsares y cisnes; la de puertas cuyo frontispicio es de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes, entre las cuales descuellan las estatuas de las nueve musas, y Apolo las preside con el plectro en una mano y en la otra la cítara divina. En esta ciudad peregrina habéis sido hospedado, y en ella habéis disfrutado del trato diario de sus moradores, los sabios y poetas de todos los tiempos".

Sí, Caro no fue enviado a esta tierra peregrina a vivir en medio del bullicio sino a buscar para su solaz y compañía las voces más altas de la humanidad. Ahí tenemos vivos aún esos certeros mensajes de su crítica.

CARO, HUMANISTA

I

En el estudio del origen de la palabra *hombre* hemos hallado, en el *Contradiálogo de las letras*, uno de los más importantes estudios filológicos y gramaticales del señor Caro:

"Los antiguos aryas creyeron que todos los hombres, de todas las razas, formaban una sola clase; pero, ¿cuál era la propiedad común a todos los hombres? ¿Qué idea general, cualitativa o atributiva, se vinculó con el concepto *hombre?* Max Muller nos responderá que el latín *homo* (castellano *homne*, hombre) procede de la misma raíz que *humus* (de donde en español *inhumar), tierra* y *humilis*, humilde. Homo, pues, ha debido expresar la idea de que el hombre fue formado del limo de la tierra. Y aquí podrá ver usted que esa *h* malamente omitida en *ome* en los tiempos de don Alfonso el Sabio (partida VII), se restableció después muy razonablemente en *hombre*, como señal que establece la filiación del vocablo. Otra palabra que designa al hombre es la sánscrita *Marta*, griego *Brótos*, latín *mortalis* (derivación secundaria), que con pequeñas variantes ha pasado a las lenguas romances y todavía llamamos *mortales* a los hombres. Y llama la atención, dice aquí Müller, que donde todo cambia, pasa y muere, esta idea se eligiese como característica del hombre. No podrá rastrearse que la idea de la muerte, que se consideraba natural respecto a otros seres, sólo en forma de castigo pudo tenerse como característica de la especie humana. Hay en las lenguas indo-europeas un tercer modo de nombrar al hombre, y ese "verdadero título de nuestra raza, dice Müller, subsiste en el inglés *man*. *Ma* en sánscrito significa *medir*. *Man*, raíz derivativa, significa pensar. De ahí el sánscrito *mame*, originariamente *pensador*, el hombre. En gótico aparece *mann* y *mannisk*, que en alemán moderno son *mann* y *mensh*".

Refiriéndonos tan sólo a la etimología de *hombre*, traducimos alguna parte de la que da Meillet, proporcionada atenta-

mente por el profesor González de la Calle: "Latín *homo* y *hemo* (especialmente es *nemo* de *ne, hemo)* es un derivado de un tema raíz que significa *tierra,* que se encuentra en el derivado *humus,* y que es una palabra indo-europea común; la variación del vocalismo radical entre *e* y *o* se explica por el hecho de ser un derivado de una palabra con alternancias: *hem, hom.*

Hay en el sentido de *hombre* derivados de la misma palabra que significan *tierra* en el irlandés, en el gótico y en el lituano. Estas lenguas designan, pues, al hombre como *sér terrestre,* por oposición a los dioses celestes".

Mortal, pensante, terrenal, hé ahí los tres conceptos con los cuales se ha definido al hombre. Refirámonos a la etimología que le corresponde a la voz castellana.

Si pensamos y ahondamos un tanto, hay en la igualdad *hombre* y *tierra,* sér humano y cosmos, una profundidad deslumbradora. El hombre, producto de la tierra, lo podemos tomar hoy como la semejanza del hombre con el medio; ese sería el sentido sociológico moderno. Empero, esa igualdad significa mucho más: lleva en sí un sentido más hondo y perenne; el hombre es una parte integrante de la naturaleza; forma con el cosmos un todo inconfundible; ahí radica el valor íntimo de esta etimología. Y si vamos más adelante aún, el hombre lleva en sí mismo toda la naturaleza; si ésta influye en aquél con sus normas naturales, también el hombre puede en sí mismo y por sí mismo hallar una naturaleza consustancial, vastísimo campo en el cual influye como supremo señor.

La naturaleza es, por tanto, el objeto y el sujeto: una síntesis que nos hace pensar directamente en una luz de inteligencia creadora de tan gran maravilla.

Humano es, por consiguiente, aquello que se relaciona con el hombre en su aspecto natural, en su aspecto espontáneo, pudiéramos decir. *Humanismo* es la *doctrina* del hombre tal como la lleva escrita en su propio corazón: es el impulso humano, es la pasión, es la capacidad, es, en síntesis, la reunión de experiencias que el hombre alcanza a través de la vida, maestra de infinitas enseñanzas. *Humanidad* es la concepción abstracta, es el vocablo que significa la *idea,* la nota dominante de todos los seres que han existido y existirán en el planeta.

Humanismo, doctrina del hombre. Tomamos el vocablo doctrina en el sentido de enseñanza del hombre al hombre, de confesión hecha por el hombre al hombre. Por medio del humanismo

se procura el estudio del hombre tal como es, con toda la grandeza heroica a que le lleva la historia y con toda la bajeza de los antros criminales. El humanismo no busca, no puede buscar en el hombre la bondad o la maldad para reprenderle o censurarle; no puede escudriñar la deformidad para impugnarla, pues es un eterno discípulo de la humanidad.

El humanista, aquel que ama en el hombre cuanto hay en él y que lo hace su hermano en la naturaleza, lo hace también objeto de estudio. El humanista, en su más alto sentido, está representado en el eterno diálogo que ha de ser continuado más tarde, cuando, ya lejos de los lindes terrenos, se halle frente a Dios.

El humanista busca la *verdad* del hombre. No puede ser representado sino en una actitud de éxtasis y de raciocinio de amor por la sabiduría para encontrar la sabiduría en sí mismo. La actitud de este hombre es de paz; paz con todos, lucha constante hacia la propia perfección. Paz hacia los demás, paz y conservación. Quiere conservar, guardar, apropiarse la síntesis del arquetipo humano, y no derribar ídolos con voces estentóreas. Su actitud es pacífica, pero firme; el humanista es una personalidad real frente a los problemas humanos; lleva una capacidad luminosa para los problemas que por ser naturales son también suyos. Es un criterio frente a la vida, es una capacidad pensante frente a las experiencias de la vida. El humanista es un microscosmos consciente. Quiere investigar la verdad para convertirla en *su verdad;* soberbiamente quiere hacer el objeto íntimamente *suyo;* el humanista es el viajero eterno para el cual todo lleva en sí verdad, bondad y belleza. Su facultad crítica desentraña de las profundidades valores al vulgo incógnitos; de la profundidad tenebrosa del abismo, bondades; de la negrura del carbón, diamantes. Con Maurois, piensa: "Un hombre se equivoca, una generación se equivoca, mas no la humanidad".

Es la verdadera personalidad que busca el sentido humano en los actos de la vida, al cual las experiencias propias y las ajenas llegan como a un espejo interno, que reflejan el flujo y el reflujo de las fuerzas humanas. Busca la verdad y busca el bién. Lleva muy hondo el orgullo de ser hombre y su facultad creadora. Raya su independencia muy alto y nada ni nadie pueden atar su pensamiento en una forma definitiva.

Simbolizamos en un cuadro al tipo del humanista: en una caverna tenebrosa tan sólo le ilumina la luz de sus ojos; en su

diestra, el escalpelo del cirujano; en su siniestra, la imagen de la duda.

Es un ciudadano del mundo, no en el sentido erásmico, que no reconocía lindes a su patria natural, sino por el entendimiento; allí donde un hombre tenga algo que decir, allí está él. Pero bien sabe dónde están asentados sus pies y cuál es el ángulo terrenal y físico desde el cual observa.

Amplia es su visión; se remonta a las fuentes históricas y recorre el panorama cósmico del hombre. Abarca al hombre integral como es, no como debe ser. Es la suya una visión amorosa que en estrecho abrazo pretende acercarse a las lindes humanas.

En su infinita tarea no descansa, no da tregua al estudio. La cuadra el nombre inglés de Scholar a este estudiante perpetuo. Cuando siente que la vida se le escapa, que el tiempo sigue su marcha por sobre él y a pesar de él, su mente siempre joven investiga aún, y la muerte le sorprende con la pregunta en los labios. Allá en las lindes de lo terreno, en la hora sublime de la eternidad, ante Dios mismo, ha de presentarse para lanzar el interrogante: Señor, ¿por qué?

"¡Oh argianos—decía Polixena, próxima a expirar—que habéis derribado mi ciudad, muero por voluntad propia! Matadme libre y muera yo libre, pues siendo de raza real me avergonzaría de ser tratada como esclava entre los muertos".

Así, el humanista, de estirpe regia, quiere que la muerte le sorprenda en plena libertad, pues ante el Sér Supremo no puede allegarse como un esclavo de la humanidad.

Podemos preguntarnos: si el campo humanista es tan vasto, si su ideal no tiene orillas, ¿por qué el nombre de humanista se da vulgarmente al que conoce el griego y el latín? ¿El humanista debe necesariamente conocer las lenguas muertas? La respuesta es clara: el tipo humanista del siglo XVI, Erasmo, por ejemplo, debía conocer los clásicos en su propia lengua. Porque la comprensión humana, la visión más amplia de la naturaleza, tan sólo podía abarcarse en el conocimiento de esa civilización antigua eternamente joven por la libertad creadora de intereses vivos. Grecia fue la única nación de la antigüedad que captó en su ciencia, en sus letras y en su filosofía todas las grandezas del hombre, inquisidor de la naturaleza. Fue la única que con Sócrates inició el interrogante con orgullosa y soberbia libertad. Y al determinar hondamente su individualidad, alcanzó a poner un rasgo de sí en toda la civilización occidental. Necesario, pues,

debía ser al humanista del Renacimiento su continuo contacto con griegos y romanos; esta cultura representa la juventud en una escolástica decadente.

Empero, en la éra moderna no se puede considerar humanista al que conozca tan sólo los clásicos antiguos en su misma lengua. Los clásicos, mientras no sirvan para interpretar y remozar la vida humana, son materia muerta. El humanista debe conocer a los clásicos como un dato fundamental, pero no le basta ese conocimiento. No es humanista aquel que vive en el pretérito, sino el que aplica su criterio al presente y al propio tiempo sabe enfocarlo en una perspectiva; es humanista el que ama la tradición como fundamento a las realidades vivas, no el que queriendo darse muerte procura vivir entre los muertos. No es humanista quien desdeña el presente... "Quien se instruye a un tiempo en la doctrina presente y en las instituciones pasadas, juzgo que merece la mayor consideración y las más perfectas alabanzas", dice Cicerón en su *República.* Son también del orador romano estas palabras: "Ya que nos inclinamos a aumentar la herencia de la humanidad, ya que a esto se encaminan nuestros estudios y trabajos, estimulados por la naturaleza misma, y a hacer más opulenta y poderosa la vida del hombre, sigamos el camino que los mejores emprendieron y no escuchemos las voces y señales que atrás nos llaman y a que nuestros predecesores cerraron los oídos".

El humanista es de naturaleza real; brilla sobre su cabeza la aureola de la superioridad. Pocos son los humanistas, y todos tienen como distintivo estar unidos a la sociedad dentro de una soledad constructiva.

El humanista, mejor que ninguno, tiene ideas propias que le pertenecen como su propia carne, pero tolera las ideas ajenas y, aún más, tiene la virtud serena del respeto. No conoce el desprecio ni cierra oídos ante la gritería impaciente del populacho; ni se mezcla a él ni lo condena. Bien comprende que en la escala humana más baja hay también valores.

Tampoco desdeña los oficios, ni las artesanas actividades; él quiere, sin necesidad de Mecenas, aprovechar como datos de experiencia, como elementos de laboratorio, las actividades humanas en cualquier ramo de trabajo manual o intelectual.

II

¿Cuáles datos de humanista en Miguel Antonio Caro se destacan?

¿Hasta dónde realiza el arquetipo propuesto?

Amaba la soledad: ya señalamos cuán grande aparece la soledad de este hombre, poblada por pasmosa capacidad.

El señor Caro conservó un espíritu juvenil, atento a los distintos ramos del saber: jurista, filósofo, filólogo, teólogo, latinista, orador.

Amó la eternidad y la unidad de los conocimientos; al propio tiempo que se extasiaba ante lo grande, sorprendía la belleza de lo pequeño. Cantó a la raza latina, y en su heroicidad cantó a Bolívar; también a los tímidos pajarillos en deliciosas notas sentimentales. Exégeta en la interpretación de las leyes, publicista en el periodismo y en las cámaras, era un niño cuando jugaba y reía con los pequeños en torno suyo.

Desinteresado. Por vocación estudió, se dio al servicio de la República por deber. La declinación lo encontró pobre, sin preocupaciones pecuniarias.

Su entendimiento imperial abarcaba la grandeza de Roma y la grandeza española en conjunto armónico.

Vastos fueron sus conocimientos: iba al fondo de las cosas, indagaba las causas primeras. Su criterio fue, ante todo, filosófico. Su comprensión humana arrancaba desde la idea divina. Grandiosa concepción en verdad, pero no completamente humana. El criterio humanista toma al hombre en ascensión espiritual hasta divinizarlo; va hasta Dios. La inversa es errónea porque el descenso comparativo de Dios hasta el hombre hace resaltar vicios y miserias. Caro no vio al hombre como es: objetivamente, dentro de las circunstancias de tiempo y de lugar. A pesar de gustar de Byron, de Keats, de Chenier, en su mente no tenían cabida como manifestación universal de cultura las escuelas en total. La belleza la concebía dentro de sus ideales religiosos; por concesión reconocía en algunos poetas belleza, "a pesar de ser escépticos".

Para este juicio no olvidemos el momento histórico que hacía de la pluma un arma de combate. Caro se vio en la necesidad de defender sus ideas, de propagarlas, y por ello mismo le faltó la plena amplitud ante la vida del hombre.

El *esteta* busca lo bello donde estuviere; el *moralista* lo bueno, no importa la época o latitud; el *científico,* la verdad donde pueda encontrarla.

La posición de Caro ante *La Eneida* demuestra este aspecto muy suyo: para un humanista real Eneas no es un hombre; es un símbolo, un sér semidivino que no sufre, que no obra por sí mismo; el verdadero personaje *humano* es, entre otros muchos, Dido, aquel sér amante, adolorido, generoso y noble que un buen día, lleno de desesperación, se da la muerte. Caro hallaba en la creación de Eneas toda la gloria de Virgilio, por encarnar un ideal religioso.

En lo que un humanista estaría de acuerdo sería en la observación crítica, plena de sagacidad y de talento del señor Caro: "Virgilio mira al porvenir".

Eneas está deshumanizado. El humanista observa y siente al hombre como hombre. La más alta intuición poética y psicológica de Virgilio está justamente en el contraste que nos ofrece entre Eneas y Dido. Eneas ama a Yulo, conservador de su estirpe, desprecia a Dido, que no existe en el Lacio, y sometido a un grandioso pero fatal destino, es un juguete de los dioses. Eneas es Roma, es el porvenir, no un hombre. Dido es humana, sufre y goza, y en libertad se da la muerte. Es discreta en el mando, inteligente en el decir, noble en el proceder, desinteresada en el amor; Dido, en el poema virgiliano, es la independencia, mientras Eneas es la fatalidad.

Aparte de esta falla objetiva que obedece a las circunstancias y al medio, muchos otros datos nos dan en Miguel Antonio Caro los trazos de una personalidad humanista. Uno de ellos, y de los más característicos, es su espíritu de síntesis. Para este hombre que odiaba la duda sólo existían las leyes inmanentes; y por querer desechar la duda busca esas leyes; "para que el hecho lleve mis obsequios racionales, yo le exijo que en lo racional se apoye en una ley preexistente, o con ella se enlace de algún modo, aun cuando ya no la penetre en sus causas finales. Leyes solicito, cualesquiera que sean, porque legalidad es forma de justicia, y justicia realización de derecho; y cuanto más antigua la ley que escucho, más me satisface, porque por su antigüedad mido la alteza de su origen y lo benéfico de su institución. No sólo con el jurisconsulto aclamaré la legalidad justa, sino con el filósofo la reconoceré luminosa y con el teólogo la acataré divina".

Datos, datos, allegar cuantos pudiera; no como especialista investigaba, sino con el ánimo de buscar la ley, la síntesis oculta tras los descubrimientos científicos, la ley natural de los fenómenos.

Muchas veces en el curso de este estudio nos hemos preguntado con insistencia si no son inteligencias tan vastas como la de Caro, tipos excepcionales los que pide el doctor Carrel en su libro *L'Homme cet inconnu:* "Poseemos muchos trabajadores científicos, pero muy pocos sabios. Esta situación singular no proviene de la ausencia de individuos capaces de un gran esfuerzo intelectual. Ciertamente las vastas síntesis demandan gran poder mental y una resistencia física a toda prueba. Los espíritus grandes y fuertes son más raros que los estrechos y precisos. Sólo los hombres excepcionales son capaces de adquirir un conocimiento utilizable a muchas ciencias".

Y más adelante dice:

"No se ha intentado hasta el presente crear, en medio a la agitación de la ciudad moderna, islas de soledad donde la meditación sea posible".

Al advertir el doctor Carrel la necesidad de la especialización, ve con temor fundado la disgregación de las fuerzas humanas; ve que el hombre trata de dividir al hombre en partes pequeñísimas, que cada uno dentro de su especialización observa desde un ángulo especial pero no toma al hombre *totalmente.* Entonces pide que se formen sabios que conociendo la síntesis humana en sus distintas actividades y experiencias, eviten la catástrofe de la mecanización. "Ellos se contentarían en contemplar los fenómenos económicos, sociales, psicológicos, fisiológicos y patológicos que manifiestan las naciones civilizadas y los individuos que las constituyen. Su silenciosa meditación protegería a los habitantes de la ciudad nueva contra las invenciones mecánicas que sean dañosas para sus tejidos o para su espíritu contra las adulteraciones del pensamiento y también contra los alimentos, contra las fantasías de los especialistas de la educación, la nutrición, la moral, la sociología, contra todos los progresos inspirados no en la necesidad pública sino en el interés personal o en las ilusiones de sus inventores".

Una esperanza utópica, en verdad, es ésta del doctor Carrel, pero fundada en urgente necesidad: la de hombres que piensen sobre los problemas en general y posean conocimientos y capacidades para ello. ¿No pide inteligencias vastas como la del señor

Caro? ¿No está hablando Carrel de la necesidad del *humanismo* en todo su sentido vital de buscar al *hombre,* a todo el hombre, y no a una de sus partes tan sólo?

Porque si es utópico el pensar que una corte de sabios pueda decir que no sirve la obra humana, no tiene nada de utópico el que haya hombres aislados que reflejen la corriente científica y sean guías del hombre dentro de la vida, sin dejarlo perecer por la mecánica implacable.

El humanismo moderno está llamado a cumplir una alta misión: la de recordar a la civilización la unidad del hombre en los cauces imperecederos de las fuentes naturales; la de recordarle que el orgullo de ser hombre no está en ser dominado sino en saber dominar. Uno de esos humanistas fue Miguel Antonio Caro, que enorgullece y abrillanta las fuerzas de nuestra América latina.

PARA UN HUMANISMO LATINO-AMERICANO

¿Existirá en el futuro un humanismo latino-americano?

¿Pueden existir, empero, diversas clases de humanismo? Nó; uno solo es el humanismo y no admite divisiones, pero sí es susceptible de modalidades según la época, de acuerdo con el medio.

Existirá en el futuro una modalidad humanista hispano-americana, con un valor característico y propio que llevará una nota nueva a ese eterno *humanismo,* doctrina del hombre.

América latina resumirá en una cultura propia su síntesis humanista. Es una personalidad continental diferente de la personalidad europea, asiática o africana, diferente de la personalidad de los Estados sajones del Norte.

América latina, desde un punto de vista humanista, se pregunta: ¿qué soy? ¿Cuál es mi origen? ¿Cuál es mi valor? ¿Qué civilización poseo? ¿Cuáles son mis medios de vida?

Luégo de procurar dar respuesta a estos problemas, continúa investigando: ¿cuáles son mis posibilidades futuras? ¿Cuáles son las experiencias que como datos fundamentales me traen los otros continentes? Y, finalmente: ¿cuál vía debo seguir en el concierto mundial? América frente al mundo, América interrogando al mundo, ¡cuán grande aparece! Una personalidad continental es esta América que debe iniciar su propio humanismo allegando a su conciencia fuentes propias.

El humanismo latino-americano hará diferencia entre el industrialismo avasallador de la República del Norte y de su propia industria incipiente; entre su marina organizada y la iniciación de su propia marina; entre su mecánica organizada, entre su especialización infinita y su propia ausencia de mecanismo y especialización.

Debe distinguir las cualidades loables que hacen de Estados Unidos una nación vigorosa, civilizadora, de recia personalidad, para llegar a la conclusión de que no caben ni por su raza, ni por su ideal, ni por su cultura, ni por su riqueza, ni por su lengua, dentro de este humanismo hispano, que busca su ideal en el ideal bolivariano.

Dentro del humanismo hispano hay admiración hacia la nación vecina, pero no copia. La nación del Norte es rica; la América hispana pobre, pero con tesoros inagotables. El oro y el poder hacen la mayor grandeza del Norte. El humanismo hispano considera su poder en el conocimiento propio y su riqueza en el desarrollo pleno de sus propias fuentes.

¿El humanismo latino-americano evolucionará como en Europa? Si no me asemejo, dirá, a los Estados Unidos de América sino en la juventud, ¿habrá acaso mayor contacto entre este suelo y la vieja Europa? Tampoco, será la respuesta. América latina es semejante a un adolescente pobre pero lleno de vigor y de ideal, a quien deslumbran los ancianos sabios cuyo mansión está llena de grandiosidad antigua, de las obras de arte y de ciencia que guarda su inapreciable biblioteca; al que quiere humillar el pergamino y el escudo real; que quiere conquistar el acaudalado comerciante. Pero ese joven estudiante pobre tiene algo que no cambia: la conquista maravillosa y fecunda de sí mismo está por delante. Se desenvuelve en ella un nuevo autóctono Renacimiento *que equivale a una nueva conquista.*

A este adolescente libre y emprendedor que es nuestra América, presta su experiencia Europa, comprendiendo en ella Grecia y Roma; prestan sus millones y su cultura los Estados Unidos, mas ninguno ha de prestarle la formación de su conciencia.

Lleva quimeras en su mente, lleva la loca fuerza juvenil y ante las maravillas que le ofrecen sólo da esta respuesta: eso puedo conquistar y mucho más, pero pocos conquistan para sí el tesoro de una juventud. Recibo bienes y los agradezco, quiero absorberlos en mi microcosmos, y he de volverlos nuevos al contacto con estas selvas vírgenes en este trópico donde todo es grandioso.

Se ha dicho y repetido que en América está el porvenir del mundo. Se ha hablado también continuamente de América como esperanza de civilización. Empero, el humanismo ha de pregun-

tarse: ¿cuál es esa civilización? ¿Qué tipo especial, qué sello diferente ha de llevar?

A raíz de la independencia, cuando aún la animadversión hacia España no había calmado, se pensó en un nuevo idioma, en olvido de la tradición, en lanzarse a perseguir un ideal totalmente distinto; Juan María Gutiérrez y Domingo Faustino Sarmiento son los representantes de este nuevo movimiento. Miguel Antonio Caro representa un tipo de humanismo opuesto: él amaba la tradición como un lazo glorioso que le ataba al pasado y al porvenir. Buscaba para su raza los ilustres antepasados del Lacio y sentía como suyos los gobernantes reyes y ministros y los clásicos castellanos.

Paréceme que el humanismo latino-americano debe buscar la virtud en el medio. Ni una loca carrera que quiera desconocer cuanto otros hacen, ni una importación exclusiva de otras culturas. El humanismo latino-americano ha de buscar fuentes propias y mezclarlas con fuentes extrañas, al propio tiempo que ha de representar una síntesis de lo interno y de lo extracontinental. Dará notas nuevas y valederas. No ha de ser humanismo español hacia el cual se inclina de preferencia Caro, sino, como anteriormente dije, ha de tener preponderantemente la nota de lo criollo.

Ha de inspirarse en lo propio sin despreciar lo extraño, pero no ha de inspirarse en lo extraño. La hora ha llegado en la cual América latina tome posesión de su propia conciencia, de manera firme, definitiva. Las armas guerreras de la independencia han de trocarse en armas inteligentes con las cuales el continente defienda su cultura contra las tiranías extranjeras.

Ni españoles netos, ni culturas trasplantadas, ni indios americanos netos: la mezcla del valor español y de la franqueza del conquistador con la dulzura y el poder de astucia del indio están llamados a crear la civilización realmente potente de nuestra América.

El humanismo americano ha dado y continuará dando su nota personal con la mezcla del concepto *tropical* a la civilización del mundo. Este concepto es bien difícil de definir: el humanismo tropical será un humanismo grandioso, heroico, podemos decir, donde no cabe la placidez del Pentélico: un fondo de conquista hay en él, porque la naturaleza no se muestra dulce y obsequiosa sino en toda su grandiosidad. Esa heroicidad estará atemperada necesariamente por las ciudades de altura sobre el

nivel marítimo que, como Bogotá, dan una nota de paz y discreción en la cercanía de la zona ecuatorial. Ha de sublimar el humanismo la pasión tropical hacia las grandes creaciones del espíritu, en que el ímpetu atemperado por la razón dé rienda suelta a su capacidad artística.

Tiene un peligro que vencer nuestro humanismo: la monotonía. Porque el paisaje, debido al clima igual, no es cambiable y siempre se presenta bajo la misma forma. Ha de evitarlo dando al entendimiento y al hombre mismo una cultura nómade, podemos decir. La necesidad de los viajes se impone en estas latitudes: sólo del conocimiento de las regiones diferentes, y sólo influídos por los distintos climas, lograrán los latino-americanos la formación de una raza única.

Un humanismo americano será realmente el que se inicia con el estudio de los países del continente, el que estreche la comunicación de los criollos, el que convierta, según el sueño de Bolívar, en una sola patria el continente.

Miguel Antonio Caro es, con otros muchos valores continentales, el iniciador de este humanismo: unir el pensamiento de las hijas de España, unirlo por el ideal y por la tradición. Guardar la lengua patria y continental; hacer un imperio de pensamiento con el recuerdo vivo de nuestra conquistadora Península y amar en una sola oración y en una sola causa la creencia religiosa de América, tal fue su labor.

Sobre esas huellas, juntando a ellas el descubrimiento de lo interno, puesta la mira en el pasado imperio, pero también en imperio ideal futuro, el humanismo hispano se apresta a la conquista material e intelectual de sí mismo.

Envío:

¡Tierra húmeda de mi patria que captas las ondas misteriosas de los muertos ilustres, disculpad ante el grande hombre las erratas de una mente indocta!

Bogotá, abril de 1940.

FIN

